

decisivas. Si nosotros no aprovechamos la oportunidad de entrar en México al frente de cien mil hombres, y pretendemos encauzar la revolución por la senda de una ficticia legalidad, pronto perderemos nuestro prestigio y reaccionarán los amigos de la Dictadura. Las revoluciones para triunfar de un modo definitivo necesitan ser implacables. ¿Qué ganaremos con la retirada de los señores Díaz y Corral? Quedarán sus amigos en el Poder, quedará el sistema corrompido que hoy combatimos; el interinato será una prolongación viciosa, anémica y estéril de la Dictadura; al lado de esa rama podrida, el elemento sano de la revolución se contaminará; sobrevendrán días de luto y de miseria para la República, y el pueblo nos maldecirá, porque, por un humanitarismo enfermizo, por ahorrar unas cuantas gotas de sangre culpable, habremos malogrado el fruto de tantos esfuerzos y de tantos sacrificios. Lo repito: la revolución que transa, se suicida».

¡Palabras proféticas, que resonarán siempre en mis oídos, y que amargamente recordaría don Francisco I. Madero en los días luctuosos de los combates de la ciudadela!

Las palabras de don Venustiano Carranza, noble y gran figura de la revolución de 1910, añoso y robusto rebelde de la libertad en cuyo tronco se melló más tarde el hacha del traidor, encontraron eco simpático en el corazón de los rebeldes; pero ya los ánimos estaban inclinados en el sentido de la conciliación, y se convino en prolongar por tres días más el armisticio, mientras llegaba un representante del Gobierno, facultado plenamente para firmar la paz.

La reunión terminó cerca de las diez de la noche, y antes de retirarme a descansar, recorrí con algunos amigos una sección del campamento revolucionario, donde estaban Pancho Villa y Raúl Madero con su gente.

En el cielo resplandecía una hermosa luna en cuarto creciente, y el lucero vespertino, no lejos de ella, parecía la punta luminosa de una flecha disparada por un arco de plata.

En el campamento reinaba un desorden pintoresco. La gente yacía amontonada en los repliegues del terreno, sin más lecho que el duro suelo recocado por los soles ardientes de Chihuahua y sin más tienda de campaña que la bóveda del cielo, y de aquel hacinamiento de fusiles, mantas, zarapes y sombreros de palma, surgían los cantos de los serranos y los sones de una guitarra, tristes como los de la balalaika de los siervos rusos; pero que allí tenía resonancias de libertad.

Las fuerzas de Villa eran las más disciplinadas, y en el combate peleaban al lado de su jefe con singular ferocidad.

—¿Y bien?—nos preguntaban aquellos hombres—¿Cuándo

le entramos a los *pelones*? (1).

—Yo no entiendo de pláticas con los *científicos*—nos decía Villa.—Que se rindan, y santas pascuas. Aquí todos estamos deseosos de entrar en Juárez...

Tarde regresamos a El Paso. Al siguiente día hubo una gran alarma en el campo revolucionario. Se susurró que Rábago venía a marchas forzadas a auxiliar a Navarro, violando así el armisticio. Al medio día se recibió la noticia de la foma de Torreón por Emilio Madero y la gente de la Laguna. En la tarde, un soldado revolucionario, que atravesaba el puente del ferrocarril de Texas a Nuevo México, fué arrollado y muerto por el tren. Llegaron el *Colorado* y algunos de los jefes vencidos en Agua Prieta, y Madero no quiso recibirlos, porque la pérdida de la plaza se había debido a la ebriedad de los mismos. Se recibieron noticias de Ojinaga. El general gobiernista Luque había intentado una salida y los revolucionarios lo habían rechazado hasta el interior de la población. En esa acción se había distinguido el *blue whistler*, un viejo cañón que los rebeldes se habían llevado de una de las plazas de El Paso, y el cual fué devuelto más tarde con gran pompa a las autoridades americanas. Así pasaron dos días entre alternativas de zozobras y de esperanzas, y al fin llegó el Lic. Francisco Carbajal, uno de los magistrados de la Corte Suprema de Justicia de México, quien traía poderes oficiales para negociar la paz.

El señor Carbajal era una persona culta y caballerosa, y cumple decir en su elogio que llenó su cometido con suma discreción y patriotismo, mas desgraciadamente, no estaba facultado para tratar sobre la base de la renuncia del general Díaz, por lo cual las negociaciones se interrumpieron el 4 de mayo, día en que celebró la primera entrevista con los representantes de la revolución señores doctor Francisco Vázquez Gómez, don Francisco Madero senior y Lic. José María Pino Suárez. Esta entrevista se verificó bajo una tienda que el general Navarro ordenó colocar en una plazoleta natural, formada en un recodo del río, posiblemente por alguna de las inundaciones del mismo, entre Ciudad Juárez y el campo revolucionario. El sitio, sombreado por frondosos árboles y revestido de verde césped, era realmente encantador, y resaltaba como una pincelada alegre en medio de aquel paisaje monótono y desnudo de vegetación. Allí por vez primera, después de un tercio de siglo de esclavitud, hombres que se consideraban como los verdaderos representantes del pueblo mexicano, demandaron la renuncia del César omnipotente, que no reconocía sobre su cabeza más vo-

(1) Nombre que daban los rebeldes a los soldados federales.

luntad que la de Dios.

El 5 de mayo se esperaba con ansia la renuncia de don Porfirio, y ese día, aniversario de la toma de Puebla por fuerzas del general Zaragoza, se celebró en el campo rebelde una imponente ceremonia. Después de los discursos oficiales y de la lectura del parte oficial de la batalla, Madero, con la bandera tricolor en la mano, hizo jurar a Orozco, Blanco, Villa y a otros jefes, ser fieles hasta la muerte a la causa que habían abrazado.

Don Porfirio, en vez de renunciar, expidió un manifiesto en que hablaba de la magnanimidad del Gobierno, de sus esfuerzos por restablecer la paz, de la embajada de Carbajal, de las pretensiones exageradas de los rebeldes, y de sus esfuerzos infructuosos para llegar a un acuerdo con los mismos.

Este manifiesto, que contenía más de un amargo reproche al pueblo mexicano, acabó de agravar la situación del Gobierno.

No obstante, se reanudaron las negociaciones y se convino en un nuevo armisticio que debía espirar el ocho de mayo en la mañana.

El 6 se supo que los estudiantes de la capital habían pedido al general Díaz que se retirara del Poder, y que un memorial, suscrito por gran número de señoras, le había sido elevado a doña Carmen Romero Rubio de Díaz con el objeto de que la distinguida dama, en nombre de todas las madres mexicanas, le pidiera a don Porfirio que renunciara a la Presidencia.

En tanto llegaban a la capital noticias cada vez más aterradoras. Zapata, con siete u ocho mil hombres, estaba sitiando Cuautla. Torreón había caído tras sangrienta lucha, y Figueroa con diez mil surianos se movía hacia el Distrito Federal.

El Vicepresidente Corral hacía ya más de quince días que se había embarcado con rumbo a Europa, como huyendo de la catástrofe. Todo presagiaba el desquiciamiento de la Dictadura, la que ya no tenía más sostén que la voluntad de hierro de aquel anciano indomable. Mas como el acero se funde en la fragua y el diamante se pulveriza bajo los golpes de la maza, todo el mundo esperaba que de un momento a otro aquella alma férrea se doblegaría bajo los embates de la revolución, cuyas rojas oleadas ya bramaban a sus propios pies.

El 7 de mayo, en vista de que las negociaciones no llevaban trazas de terminar, tomé el tren rumbo a San Antonio, en compañía de Alfonso Madero, amigo caballeroso e intachable cuya amistad guardo entre las prendas de más valía que atesoro en el cofrecillo de mis afectos.

Al llegar a San Antonio el 8 en la noche, supimos que Ciudad Juárez en aquellos momentos estaba siendo asaltada con furia por todo el ejército revolucionario y que la acción se había

empeñado la mañana, en la hora precisa en que terminaba el armisticio. Luego, tuvimos detalles. Las fuerzas de Navarro, consistentes en unos quinientos soldados de línea y algunos paisanos, estaban atrincheradas en la población, y sus avanzadas se extendían, por el lado de la Aduana, hasta un kilómetro de distancia de las avanzadas de Villa. El teniente coronel Tamborrel, joven y gallardo hijo del Colegio Militar, había organizado de tal modo la defensa con trincheras cerrando las bocacalles y rifleros en los puntos dominantes, protegidos por sacos de arena, que estaba firmemente persuadido de que los rebeldes no podrían tomar la plaza. Las avanzadas de Villa entraron en contacto con el enemigo en momentos en que el señor Carbajal estaba negociando una nueva prórroga con el Jefe de la Revolución. El señor Madero inmediatamente envió uno de sus oficiales con la orden terminante de que cesara el fuego; mas quiso la desgracia o mejor dicho, plugo a la Providencia, que el mensajero portador de la orden fuera herido por una bala de los federales, a pesar de que llevaba enarbolada una bandera blanca. Viendo esto Madero, y sabedor, por otra parte, de que ya toda la columna de Villa estaba empeñada en el combate y avanzaba a lo largo del río, apoderándose de las trincheras, dió la orden de ataque general, y bravos e impetuosos se precipitaron sobre Ciudad Juárez, Orozco, Blanco, Garibaldi y Raúl Madero. Los dos cañones que Garibaldi había construido durante el armisticio, se inutilizaron al segundo disparo. El combate continuaba con furor de una y otra parte; mas ya los rebeldes estaban en posesión de casi toda la ciudad.

Alfonso Madero se quedó en San Antonio, y yo continué mi viaje hacia México. En San Luis Potosí supe que la plaza había caído en poder de los revolucionarios, y al llegar a la capital, me enteré de todos los detalles de la acción. Tamborrel había muerto heroicamente; Navarro, sitiado en los cuarteles, con más de un centenar de bajas, sin víveres y sin agua, se había visto obligado a rendirse a discreción, entregando su espada a Garibaldi; las bajas de los rebeldes ascendían a más de sesenta; dos americanos habían sido muertos en las calles de El Paso por proyectiles procedentes del lado mexicano, y finalmente, Madero había hecho su entrada triunfal en la ciudad en medio de un entusiasmo delirante.

La excitación en México era inmensa. A nadie se le ocultaba la importancia de este combate. Las ventajas militares eran muy grandes: el poder del gobierno había sido deshecho en el Norte; quinientos soldados, del Ejército regular con todas sus armas, ametralladoras, parque y bagaje, habían caído prisioneros, y una de las principales aduanas de la República

estaba en manos de la Revolución. El golpe moral fué aún más grande. El orgullo del Ejército quedó abatido; se vió claro que el Gobierno era impotente para combatir a la Revolución, y aunque en sí la toma de Ciudad Juárez no revestía la importancia militar que se le daba, el hecho es que el pueblo mexicano, con intuición sorprendente, desde el principio de la campaña, había visto esa plaza como el lugar donde debía verificarse el combate definitivo entre el Gobierno y la Revolución. La influencia sugestiva de las masas había alcanzado al mismo don Porfirio, de modo que el héroe del 2 de abril perdió la cabeza y desconfió por completo del éxito de sus armas. Pachuca, a dos horas de la capital, acababa de ser tomada por Gabriel Hernández, un general de 22 años; los restos de la heroica guarnición de Cuautla se habían replegado a la capital; las avanzadas de Zapata estaban en el Ajusco, y de noche se veía el resplandor de sus hogueras; una partida de rebeldes había entrado en Xochimilco, y Cuernavaca acababa de caer en poder de Asúnsolo.

Sólo quedaba una carta que jugar..... Muchas veces, cuando todo parece concluido, la rueda del destino gira sobre ejes invisibles y cambian de aspecto los acontecimientos. Atila estaba a las puertas de París cuando la palabra de un humilde arzobispo lo detuvo y logró convencerlo de que respetara a la ciudad. Carlos el Temerario se preparaba a invadir a Francia, cuando murió a manos de los suizos. Enrique de Guisa miraba ya sobre sus sienes una corona, cuando cayó bajo los golpes de los conjurados de Blois..... El cientificismo se preparó para jugar su última carta.



Capítulo VII

El 25 de mayo

El 10 de mayo, Madero entró triunfante en Ciudad Juárez, y organizó el Gobierno provisional, nombrando Ministro de la Gobernación al doctor Vázquez Gómez, Ministro de la Guerra a don Venustiano Carranza y Ministro de Hacienda a su hermano Gustavo. Orozco, Villa, Blanco y Garibaldi recibieron orden de prepararse para marchar hacia el Sur a la cabeza de sus fuerzas.

Pero el cientificismo no dormía. Braniff y Esquivel Obregón tenían entrevistas frecuentes con Orozco, y en una de ellas llegaron hasta ofrecerle una regular suma de dinero si se apoderaba del Jefe de la Revolución y de su Gabinete Provisional. (1) Orozco aceptó y para poner en práctica su pérfido designio, infiltró en el alma indómita de Villa todo el veneno que rebosaba en su pecho.

—Don Pancho se ha entregado a los científicos...—le dijo.—¿Por qué no fusila a Navarro? Según el plan de San Luis Potosí, Navarro debe ser sujeto a un Consejo de Guerra, y sin embargo... lo trata mejor que a nosotros, que hemos expuesto la vida para darle el triunfo. Ahí están los rematadores de heridos, los asesinos de Cerro Prieto y de Pedernales, tratados como príncipes en la Aduana, la que les sirve de prisión provisional, en tanto que nuestros soldados carecen de lo más estricito, no se les paga desde hace varios días y se les escatiman los víveres. ¿Por qué no prendemos a esos políticos y ministrillos de pega y cogemos y fusilamos a Navarro?

Villa cayó en el lazo que hábilmente le tendía Orozco, y ambos se dirigieron al ex-cuartel del general Navarro, donde estaba instalado Madero con los miembros de su gabinete provisional. En aquellos instantes se celebraba un Consejo, y antes de

(1) Cien mil pesos, según una versión que corrió como válida en aquellos días.

entrar a la sala de la presidencia, Orozco distribuyó su gente en forma de que nadie pudiera escapársele.

Bien ajenos estaban el Jefe de la Revolución y los allí reunidos, que eran don Venustiano Carranza, don Abraham González, don Francisco Madero sr. y algunos otros, del peligro que les amenazaba, cuando la puerta se abrió de súbito y aparecieron en el umbral de la misma las figuras amenazadoras de Pascual Orozco y Francisco Villa.

—¿Qué quieren ustedes?—interrogó Madero con autoridad, poniéndose en pie. Orozco contestó atropelladamente que el ejército pedía que se cumpliera el Plan de San Luis Potosí en la persona de Navarro; que la gente estaba disgustada por la falta de víveres y que debía renunciar el Gabinete provisional.

—¿Pero está Ud. loco?—exclamó el Caudillo, indignado.—Ustedes no están autorizados para pedirme la destitución del Gabinete... La fuerza armada no debe deliberar. Señor Orozco, Ud. es un insubordinado, un traidor!

A estas palabras se sucedió una escena violenta. Los miembros del Gabinete se levantaron de sus asientos y trataron de ganar la puerta; pero Orozco y Villa, empuñando sus armas, los hicieron retroceder.

—¡Atrás!—gritó Orozco— ¡ustedes son mis prisioneros!

Madero entonces, con gesto gallardo y noble, desarmado como estaba, mas con los ojos fulgurantes, se aproximó a los dos rebeldes, y exclamó:—¡Ustedes no pueden detenerme a mí, porque soy el Jefe de la Revolución, el Presidente de la República!

Y se dirigió a la puerta.

¡Extraño prestigio el del valor! ¡Poder inmenso el del carácter! Aquel hombre pequeño, desarmado y sin la menor esperanza de auxilio, se agigantó a los ojos de Orozco y de Villa, que no se atrevieron a cerrarle el paso.

Madero salió a la calle y subió a un automóvil que estaba enfrente del edificio. Orozco y Villa lo siguieron, y lo mismo intentaron hacer los miembros del Gabinete provisional; mas los dos jefes rebeldes, como si con la salida del señor Madero se hubiera roto el encanto, gritaron: «¡ustedes no!» y los encerraron de nuevo en la sala del Consejo, poniéndoles centinelas de vista.

Madero, en tanto, hablaba desde el automóvil a la gente de Orozco.

—¡Soldados de la libertad!—decía Madero—vuestro general Orozco se ha insubordinado contra mí, que soy su jefe y el caudillo que habéis escogido para derrocar la Dictadura...

—¡Viva Madero!—interrumpió la tropa. Orozco, revólver en mano, estaba ya al pie del automóvil e indeciso y trémulo

no sabía si disparar el arma o doblegarse ante el heroísmo del Caudillo.

—¡Soldados!—continuó Madero—el señor Orozco ha pretendido prenderme, y este acto de insubordinación, amerita un severo castigo; mas yo lo perdonaré si él reconoce su falta y vosotros me pedís que lo perdone...

—¡Viva Madero!—gritó nuevamente la tropa. Orozco estaba casi lívido; vaciló un momento, y luego, guardándose el arma, se arrojó en los brazos abiertos de su jefe, llorando como un niño.

—¡Viva Madero!—gritó la tropa alborozada—¡Viva el general Orozco!

Así terminó esta escena terrible, salvándose Madero gracias a su intrepidez y sangre fría. Los Ministros fueron puestos en libertad, y el peligro pareció conjurado.

Villa comprendió que había sido víctima de una infame estratagema, y desde entonces miró con adversión a Orozco. En su exaltación dolorosa, le pedía a don Francisco que lo mandara a fusilar, y como Madero, cuyo corazón magnánimo era incapaz de guardar ni la sombra de una ofensa, lo perdonase, Villa exclamó, dirigiéndose a Sánchez Azcona: «¡Ay, Juanito; estoy desesperado; he cometido una negra infamia, y tengo mi corazón entre dos piedras!»

La insubordinación había sido dominada; pero Orozco y Villa podían reaccionar. Madero se acordó del prisionero, y tembló por su vida. Grupos de rebeldes armados se dirigían hacia la aduana profiriendo amenazas de muerte. Madero se dirigió rápidamente a este edificio en automóvil, con el objeto de salvar al general vencido. Navarro estaba guardado por centinelas de vista en uno de los compartimientos; allí se precipitó Madero y asiéndole por un brazo, le dijo brevemente:

—Sigame Ud.... Su vida peligrá....

Navarro lo siguió hasta el pie del automóvil. Varios grupos de rebeldes se aproximaban ya, profiriendo gritos de muerte.

Se siguió una brevisima lucha de generosidad. Navarro temía que les hicieran una descajea, y le suplicaba al señor Madero que lo abandonara a su destino. Madero, por toda contestación, obligó a Navarro a subir al automóvil, y lo condujo hasta la orilla del río Bravo. El frente internacional estaba guardado por un numeroso grupo de rebeldes que a grandes gritos pedían la cabeza del vencido, y éste, para salvarse, no tuvo más remedio que cruzar el río en un caballo que le facilitó el mismo señor Madero, quien permaneció en la orilla mexicana hasta que lo vió arribar seguro a la ribera opuesta. Entonces, un inmenso suspiro de alivio dilató el pecho de Madero y un relámpago de felicidad

iluminó su noble rostro. El patriota había cumplido con su deber al derribar los baluartes de la Dictadura; el filósofo había cumplido también con el suyo al amparar la vida del general prisionero. Alboreaban para México otros tiempos, y Madero, salvando al sanguinario Navarro con peligro de su propia existencia, parecía inaugurar con su noble sacrificio una era de libertad y concordia.

Fracasada la criminal intentona de Orozco y de Villa, el cientificismo comprendió que todo estaba perdido. La excitación en la capital era enorme, y culminó cuando el célebre Urueta, el más brillante de los oradores mexicanos, abordó la tribuna en un grandioso *meeting*, y exclamó: «Después de su vergonzosa derrota, al Gobierno del general Díaz no le queda más remedio que entregar su espada, como entregó la suya el general Navarro en Ciudad Juárez.»

A pesar de la gravedad de la situación, don Porfirio resistiase a creer que había llegado la hora en que debía separarse del Poder, y esperaba que, al sólo anuncio de su retirada, la opinión pública reaccionaría en su favor. Así, el 23 anunció que al día siguiente presentaría su renuncia al Congreso, y con profundo desencanto, observó que el pueblo acogía con júbilo la noticia y que sus mismos viejos servidores, que con él habían hecho más de una campaña y de cuya lealtad respondían más de treinta años de abnegación y sacrificios, ya no se tomaban ni la molestia de disimular su alborozo.

En la antigua calle de la Cadena, donde tenía el Dictador su morada, todo era desconcierto y confusión. Don Porfirio llevaba ya dos noches de no entornar los párpados, y el insomnio, sumado al profundo disgusto que le taladraba el ánimo, le provocó una inflamación neurálgica en el rostro que le arrancaba ruidos de dolor. El viejo león, en el fondo de su yacija, desdentado, sordo y casi sin fuerzas, sacudía aún su melena de rey de las selvas y se aprestaba a luchar hasta el postrer instante.

En tanto, de la Barra, en el suntuoso edificio de la avenida Juárez, repartía sonrisas y suaves apretones de mano, y esperaba con impaciencia la hora de ceñirse la banda tricolor....

Amaneció el día 24 de mayo entre brumas de inquietud y celajes de esperanza; millares de personas se congregaron en torno de la Cámara de Diputados, y al abrirse las puertas del edificio, una oleada popular invadió las galerías.

Principió la sesión. Se aprobó el acta de la sesión anterior y se entró en la orden del día.

El numeroso público principió a dar señales de impaciencia.

Los secretarios dieron lectura a varios proyectos de la Secretaría de Fomento o de la de Comunicaciones.

El pueblo, enfurecido, gritaba afuera: «¡La renuncia! ¡la

renuncia!» y la gente de las galerías gritó a su vez, apostrofando a los diputados: «¡Que se presente la renuncia!»

Uno de los secretarios trató de reanudar la lectura de un proyecto de ley. Imposible: una tempestad de gritos y silbidos atronó el recinto. «¡La renuncia! ¡la renuncia!» Entonces el diputado Presidente, Saavedra, perdió la serenidad y dióse a apostrofar a las galerías. «Sólo un pueblo estúpido.....», barbotó con ira. No se le pudo escuchar más, porque se desencadenó una espantosa batahola, y el público abandonó el recinto, lanzando exclamaciones de protesta y pidiendo a grandes gritos la renuncia. La noticia de que el general Díaz aún no había presentado su dimisión y de que el Gobierno estaba engañando al pueblo, corrió como un reguero de pólvora, inflamando los corazones.

Inmediatamente formáronse varias manifestaciones, que partieron de la Plaza de la Constitución, rumbo a la calle de la Cadena, por las avenidas de San Francisco, de la Independencia y del Cinco de Mayo. En la calle de Tacuba hubo un choque con la gendarmería montada, del que resultaron algunos heridos. La calle de la Cadena fué ocupada y guardada militarmente, y numerosas fuerzas, entre las que se advertían por su aire resuelto y feroz los defensores de Cuautla, patrullaron las avenidas y calles adyacentes.

Los manifestantes, desgñados y haraposos, ostentaban banderas mexicanas y retratos del caudillo revolucionario enarbolados en la punta de unos palos, y se oponían al paso de los gendarmes, aullando: «¡Viva Madero!» y haciendo un ruido ensordecedor con latas vacías y viejos tambores. Entre ellos se observaban fisonomías siniestras, rostros patibularios que sólo aparecen en días de revuelta y que luego se hunden en las tinieblas, en ese negro abismo de dolor y de odio de donde surgen abortados por el genio del mal.

A poco se oyó el traquido pavoroso de los mausers, el trotar de los caballos y el metálico chasquido de los sables. La multitud, acometida a tiros y a sablazos, en vez de dispersarse, se arrojó furiosa contra los gendarmes y los soldados de caballería, y logró desmontar a algunos. ¡Noche trágica! ¡Cuántos infelices hombres del pueblo cayeron bajo los golpes de la soldadesca y bajo los cascos de los caballos! ¡Con qué profunda amargura y con qué coraje, debía de escuchar don Porfirio, desde el fondo de su residencia de la calle de la Cadena, los disparos de los rifles y los gritos ensordecedores de «¡Viva Madero!»

A las diez de la noche, se restableció el orden en el centro de la ciudad. Sin embargo, el pueblo amaneció en las calles.

La jornada del 25 se inició con varios choques entre las tropas y el pueblo en la avenida Juárez y en la calle de los Hom

bres Ilustres. Frente al edificio de Relaciones cayó un infeliz obrero atravesado por una bala, y la jornada amenazaba ser muy sangrienta. Dichosamente, al medio día se supo que las renunciaciones de don Porfirio y de Corral acababan de ser admitidas sin discusión por el Congreso, y la noticia se esparció con la velocidad del relámpago por la gran capital; una inmensa exclamación de júbilo brotó de todos los pechos, y se organizaron manifestaciones que recorrían las principales avenidas, profiriendo entusiasmas vítores. Los profesionales y los estudiantes, del brazo de los obreros, marchaban ordenadamente cantando el himno patrio, que en aquellos momentos tenía resonancias de Marsellesa:

*«Mexicanos, al grito de guerra
el acero aprestad y el bridón!.....»*

Un viva inmenso a Madero hacía vibrar los cristales de los edificios, y a lo lejos se escuchaban los acentos patrióticos de otro grupo de manifestantes:

*«Y retiemble en su centro la tierra
Al sonoro rugir del cañón!»*

Luego, como poniendo término a las angustias pasadas y a los odios que inflamaban aún los corazones, se oían acentos generosos convidando a la paz y a la concordia:

*«Cñe joh, patria! tus sienes de olica
de la paz el arcángel dirino.....»*

Horas después los periódicos publicaron *extras* y se conoció el texto de las renunciaciones. Don Porfirio manifestaba que, después de tantos años de trabajar por la paz y el engrandecimiento de México, y cuando él se disponía a conducir al pueblo por la senda de la democracia, la revolución había estallado sin causa eficiente que la justificara; que, sin embargo, él con dolor confesaba que el pueblo ya no lo quería, por lo cual se veía en el caso de dimitir, esperando que con su renuncia terminaría la guerra que asolaba el territorio de la nación.

La renuncia de Corral era más concisa, y en ella se hacía referencia a la de don Porfirio. Parece que Corral, obligado a renunciar por el general Díaz un mes antes de la caída de Ciudad Juárez, presentó su dimisión en un documento sin fecha, a fin de que don Porfirio la presentara cuando creyera conveniente;

pero tuvo buen cuidado de ligarla a la del mismo don Porfirio, de modo que el Congreso debía conocer forzosamente de las dos. Y esto hizo Corral, según es fama, porque, al iniciarse la campaña eleccionaria, don Porfirio lo obligó a aceptar nuevamente la candidatura a la vicepresidencia contra su manifiesta voluntad, pues Corral no quería ser reelecto, y así, cuando al regreso de Limantour se habló en las altas esferas de la renuncia de Corral con el fin de calmar los ánimos, el Vicepresidente se encará a sus compañeros de Gabinete y al mismo don Porfirio y les manifestó con firmeza que no renunciaría, a menos que renunciara también el general Díaz, pues ambos habían sido electos por medio del fraude y de la violencia y debían correr la misma suerte.

En virtud de las renunciaciones del Presidente y del Vicepresidente, el Congreso llamó al ejercicio del Poder Ejecutivo al Ministro de Relaciones Exteriores, Lic. Francisco León de la Barra, quien, en reemplazo de los funcionarios dimitentes, debía asumir el mando, según la Constitución, y aquel mismo día, 25 de mayo, México, después de treinta años consecutivos de Gobierno porfiriano, saludó con júbilo y estupor a un nuevo Magistrado en el sitial más alto de la República.

Todo esto se había verificado conforme el convenio firmado en Ciudad Juárez el 21 de mayo, en el edificio de la aduana fronteriza por los representantes del Gobierno y de la Revolución Lic. Francisco J. Carvajal, Dr. Francisco Vázquez Gómez, D. Francisco Madero sr. y Lic. José María Pino Suárez, según el cual el general Díaz y el Lic. Corral se obligaban a renunciar antes de que terminara el mes en curso y se haría cargo del Poder Ejecutivo el señor Lic. Francisco de la Barra, quien convocaría a elecciones generales dentro de los términos fijados por la Constitución y acordaría lo conducente al pago y licenciamiento de las fuerzas rebeldes y a las indemnizaciones de los perjuicios causados directamente por la Revolución. Como dato curioso consignamos el hecho de que el convenio de Ciudad Juárez, que entregaba prácticamente la Revolución en manos del cientifismo, fué firmado a las once de la noche, a la luz de los faroles de un automóvil y frente al edificio de la aduana.

En las primeras horas de la mañana del 26, antes de que el alba principiara a anunciarse con pálidos reflejos, se presentó en la estación del ferrocarril mexicano un hombre alto, un tanto encorvado y envuelto en un amplio sobretodo que le tapaba el rostro, dando el brazo a una señora de parte distinguido, joven aún, pero con el semblante demacrado por largas vigiliadas.

Un tren, lleno de soldados aguardaba allí a los extraños viajeros, que ocuparon un carro especial en compañía de un joven de continente imperioso que parecía hijo de uno de ellos; se su-

cedió una breve y conmovedora escena de despedida; varias manos se estrecharon a través de las ventanillas; hubo un murmullo de palabras afectuosas, y el convoy desapareció entre las sombras de la noche...

Ese anciano que huía acompañado de su esposa, de su hijo y de unos cuantos fieles servidores, era el vencedor de Jalatlaco, de Oaxaca, de Miahuatlán, de la Carbonera, de Clutovi y de Tecocac, el héroe del 5 de mayo y del 2 de abril, el Cronwell moderno cuya figura gigantesca se alzaba entre el cadáver de Maximiliano y el féretro de Juárez; el omnipotente autócrata cuya águila dorada hincaba hondamente sus garras en el escudo de México, el general Porfirio Díaz...



Capítulo VIII

El Triunfo

El general Díaz llegó a Veracruz el mismo día de su salida de la Ciudad de México, no sin que una banda de rebeldes tiroteara el tren en que viajaba con su familia. En Veracruz permaneció dos o tres días en espera de un barco que lo condujera a Europa, y al fin se embarcó en el *Ipiranga* del Lloyd alemán.

¡Con qué profunda emoción miró el anciano caudillo, reclinado en la borda de la nave, borrar a lo lejos las costas de su patria! El destierro en la juventud es muy amargo; mas a los ochenta y dos años, el destierro es la muerte.

Sin embargo, don Porfirio continuaba siendo el roble inquebrantable en que melló su hacha la fortuna, y al llegar a la Habana, mostraba el rostro sereno y altivo como si aún se encontrara en Chapultepec rigiendo los destinos de México.

En tanto, de la Barra, que se había hecho cargo del Poder, atravesaba la avenida Juárez con su señora, en landó descubierto, con el pecho cruzado por la banda tricolor, al trote largo de los hermosos caballos de la presidencia.

El nuevo Gabinete quedó integrado así: Relaciones, bajo la dependencia directa del señor de la Barra; Hacienda, don Ernesto Madero; Gobernación, don Emilio Vázquez Gómez; Justicia, don Rafael Hernández; Instrucción Pública, don Francisco Vázquez Gómez; Fomento, don Manuel Bonilla, y Guerra, general José González Sala.

La presencia de los hermanos Vázquez Gómez en el nuevo Gabinete no dejó de ser censurada con acritud como una falta de energía del jefe de la Revolución, pues decíase que el omnipotente doctor había exigido que don Emilio ocupara el Ministerio de la Gobernación, so pretexto de garantizar el triun-

fo de los ideales democráticos, y don Francisco Madero, aunque no del todo conforme con el criterio del doctor, había concluido por acceder a sus deseos, temeroso de disgustarlo.

En suma, en virtud del pacto de Ciudad Juárez, continuaron funcionando el Congreso, el Senado, la Corte Suprema de Justicia y todos los organismos viciados que no eran más que ramas podridas del árbol de la Dictadura. Más aún: como presumía don Venustiano Carranza, a excepción de las principales cabezas de Gobierno, todo continuó lo mismo; no se movió un solo empleado de la administración pública, ni un ministro diplomático, ni un secretario de legación, ni un agente consular, ni un cartero, ni un gendarme. Las cosas continuaron más o menos como antes, y el pueblo, que esperaba grandes y repentinas reformas, principió a desencantarse.

Poco antes de renunciar don Porfirio, ordenó que pusieran en libertad a Robles Domínguez y a sus compañeros de cárcel y en los días 24 y 25 de mayo, el referido señor se hizo cargo de «la jefatura de la división del centro», y mandó a fijar carteles con imaginarios telegramas del señor Madero, que decían: «*Ordene al pueblo de México que no cometa desórdenes y si los hubiere, reprimalos con energía*». Estos cartelones causaron pésimo efecto, y las mil manos del populacho borraron la palabra «ordene» y escribieron en su lugar «suplique».

Robles Domínguez estableció una oficina central, y allí dictó órdenes y atendió a los jefes revolucionarios. México se llenó de gentes vestidas de kaki, cuyos trajes nuevecitos y flamantes bien claro decían que acababan de salir de las tiendas, y principió el gobierno del 30 x 30 y de la canana. Dichosamente, la plebe en tres décadas de paz había perdido el hábito de la revuelta, y contra lo que se esperaba en aquellos días, no se dió el caso de que una sola tienda, ni el más pequeño tendajón o *cajón de ropa*, fueran saqueados por la multitud desenfrenada.

Algo que habla muy alto de la probidad del general Díaz y que realza sus dotes administrativas, es el hecho de que, cuando abandonó el Poder, dejó en el tesoro una existencia de sesenta y dos millones de pesos en distintas clases de valores.

El Congreso, con una humildad que contrastaba con la arrogancia con que habían rechazado en otra época el memorial del Partido Antirreeleccionista, acordó devolver a los señores Madero las sumas que habían gastado en la revolución, designó una fuerte cantidad para el pago y licenciamiento de las fuerzas rebeldes, y acordó asimismo pagar todos los perjuicios causados directamente por las mismas.

Este Congreso servil, que había adulado a don Porfirio hasta

en sus mayores desaciertos y que lo había seguido, según la frase de un célebre político, «hasta la ignominia», y que ahora rendía pleito homenaje al vencedor, en los últimos días de la Dictadura fué ingrato, fué pérfido y fué cruel con el déspota caído. Al estruendo de los fusiles maderistas, aquellos espinazos encorvados se irguieron y aquellos esclavos osaron alzar la frente y mirar con semblante de reto a su dueño; Manuel Ca'ero y algunos otros se atrevieron a pronunciar discursos violentos y pareció que una ráfaga de patriotismo y de dignidad invadía la Cámara. Senadores de César, humilláronse a los pies de Bruto con la misma facilidad con que las meretrices cambian de amante.

Entonces brotó en el escenario político la figura grotesca de Querido Moheno, quien escribió unos artículos de política palpitante en el *Heraldo Mexicano* y logró, a fuerza de audacia y de ingenio, formar en las primeras filas de los vencedores, de modo que don Ernesto Madero lo puso al frente del nuevo departamento de reclamos e indemnizaciones.

Organizáronse varios clubs (1) con el objeto de festejar al caudillo revolucionario en su entrada a la capital, y al fin, tras una ansiosa espera de varios días, se anunció que el señor Madero llegaría por el Ferrocarril Central, el 10 o el 12 de junio.

Reparados los trechos de vía destruidos durante la campaña, el convoy que conducía al señor Madero salió de Ciudad Juárez con rumbo a México. Inenarrables manifestaciones de júbilo tuvieron lugar en todo el trayecto. Los pueblos acudían en masa y se agolpaban en las estaciones para contemplar al nuevo Apóstol y oír su inspirada palabra. En Chihuahua el entusiasmo rayó en delirio. En San Pedro de las Colonias fué una apoteosis. El, con el sombrero en la mano, saludaba cariñosamente a todo el mundo; las madres alzaban a sus hijos por encima de la multitud y les decían «fíjense y mírenlo bien, que no verán muchos que se le parezcan»; los ancianos lloraban de júbilo y la multitud alborozada lo cubría de flores... Unos hombres se aproximaron brindándole una botella de pulque (2) para que bebiera a la salud del pueblo. Madero tomó la botella y mostrándola en alto, exclamó: «Amigos míos: el pulque es el mejor amigo de la dictadura, porque degrada y embrutece a los pueblos y los entrega atados

(1) Entre otros, el *Águila I rón*.

(2) Licor embriagante de un color blanco lechoso que los mexicanos extraen del maguey o agave y que en Andalucía se conoce con el nombre de «guardiente de pita». Este licor se extrae con un calabazo denominado *acocote* mediante la succión bucal de unos individuos llamados *Uayúcheros*. Algunas veces, durante la administración del general Díaz, se intentó prohibir la fabricación y el expendio de esta bebida; mas fué imposible porque los más grandes capitales de los «científicos» estaban constituidos por enormes plantaciones de maguey. El pulque es baratísimo; el litro vale dos o tres centavos. Las pulquerías, adornadas profusamente con platos de colores, trenzados de papeles vistosos, cuadros del toreo,

de pies y manos a sus verdugos. El pulque fué el aliado favorito del general Díaz!» — «¡Abajo el pulque!» gritó la muchedumbre electrizada, y ¡oh prodigio del fanatismo político! aquellos hombres, que adoraban como sagrado el antiguo licor de la princesa Xochitl, rompieron todas las botellas que les vinieron a las manos, en tanto que Madero, en la plataforma trasera del carro, brindaba con un vaso de agua pura a la salud del pueblo...

La entrada en la capital fué grandiosa, como no la había efectuado caudillo alguno desde la fecha memorable en que Iturbide entró en México con el ejército trigarante. Desde la víspera, la ciudad estaba enzalanaada como en los días de fiesta y gallardetes y banderolas flameaban en las calles que debía recorrer la procesión cívica, advirtiéndose sólo algunas casas de «científicos» cerradas y sin adornos en los balcones.

En la madrugada, un violento temblor sacudió a México: se agrietaron algunos edificios, cayeron algunas *bardas* y se desprendió el techo del cuartel de San Cosme, sepultando a cuarenta soldados. Parecía como que la naturaleza, por medio del fenómeno sísmico, anunciaba la proximidad del apóstol, dándole así un carácter providencial a su advenimiento. El fenómeno dió pie a este dístico, que en breve se hizo popular:

*«Cuando Madero llegó
hasta la tierra tembló!»*

Desde muy temprano, millares de personas llenaban la estación del Nacional y sus alrededores, y una doble línea de delegaciones de los clubs y de las cooperativas de obreros con sus respectivos estandartes, se extendía desde la estatua de Cuauhtemoc, que con su dardo en alto parecía celebrar el triunfo de su pueblo, hasta palacio, cubriendo el Paseo de la Reforma, la Avenida Juárez, un trecho de la calle de la Mariscal y toda la avenida del 5 de Mayo.

El convoy que conducía al Libertador llegó como a las 9 a. m. a la estación. Cuando Madero apareció en la plataforma del carro, una inmensa aclamación, proferida por más de cien mil pechos, atronó el espacio y millares de manos se alzaron agitando sombreros y banderolas. Madero descendió al andén bajo una lluvia de flores, y avanzó entre la apiñada multitud que

retratos de Machaquito y del Bomba y figurillas de barro de Guadalajara, constituyen un lunar de incultura y degradación en el seno de las hermosas urbes mexicanas. En algunas pulquerías adviértense también imágenes de la Virgen con el Niño, al pie de las cuales arden lamparillas de aceite. Un olor nauseabundo se desprende de esas sentinas, y es una mezcla de la punzante fetidez del pulque y los gases deletéreos que despiden los urinarios colocados detrás de las puertas. La invención de esta repugnante bebida parece que se debió a la princesa Xochitl. Del magüey se extraen dos clases de aguardiente bastante aceptable: el tequila y el mezcal.



Pueblo congregado frente a la Cámara de Diputados
en espera de la renuncia del general Díaz



Aspecto de la Plaza de la Constitución
en el momento de la llegada de Madero al Palacio Nacional

a su paso se abría como oleaje hendido por una quilla. Los aplausos y vitores estallaban con el fragor de la marea embravecida en torno de un peñasco, y tras él se arremolinaba un río de gentes. Madero, desdeñando el magnífico automóvil oficial que lo esperaba, subió a un coche en compañía de su hermano Raúl y del joven Garibaldi. Vestía traje de campaña y llevaba sobre el pecho una bandera mexicana cruzada en forma de banda que pendía de un hombro y terminaba en el costado opuesto con un lazo. Cuando Madero llegó al 5 de Mayo, las campanas de la gran catedral, echadas a vuelo, hacían rodar por encima de aquel mar ondulante de cabezas las sonoras vibraciones de sus lenguas de metal. El cielo estaba limpio, sereno, y el sol brillaba en toda su gloria. El carruaje de Madero avanzaba lentamente, casi en brazos del gentío, y él de pie, con el sombrero en la mano, saludaba y sonreía sin afectación, como quien está acostumbrado a recibir las manifestaciones de cariño de las multitudes. Las roncadas campanadas seguían rodando sobre las cabezas, y a los clamores de los bronceos sagrados se juntaba el estruendo de los vivas y de los aplausos. A ambos lados del carruaje galopaban varios jinetes revolucionarios; luego venía Gabriel Hernández, el vencedor de Pachuca, en un brioso corcel, saludando al pueblo que lo aclamaba, y seguía un cuadro alegórico en un carro arrastrado por seis u ocho caballos, representando una apoteosis; en lo alto, un gran sol coronando un retrato de Madero, con esta palabra en el disco: «Paz»; bajo los resplandores de este sol, una especie de trincheira en la que, sobre un hacinamiento de armas destrozadas y de varios cadáveres de federales y rebeldes, se erguía la figura de una hermosa mujer vestida de blanco, coronada por el gorro frigio y con el pecho cruzado por una banda tricolor, enlazando las manos de un gallardo oficial del Ejército y de un jefe revolucionario, como imagen de la patria en la reconciliación de sus hijos. A pesar de que la calle del 5 de Mayo es corta, el cortejo tardó cerca de 30 minutos en atravesarla. En la plaza de la Constitución el espectáculo era imponderable. La inmensa plaza, que puede contener más de cien mil personas, estaba materialmente atestada, siendo realmente asombroso que en aquel hacinamiento no se asfixiara nadie. Los balcones y las azoteas de Palacio y de los edificios circundantes estaban llenos de espectadores y de fotógrafos que tomaban vistas. Según un cálculo aproximado, en la Plaza y en las calles circunvecinas, habían no menos de doscientas mil almas. La familia de Madero, que se había adelantado, se encontraba en el balcón central de Palacio, gozando del triunfo. Al fin el Libertador llegó a pie del edificio, entró por la puerta de la presidencia y se apeó en el

patio de honor. La muchedumbre, un momento detenida por los guardias, no tardó en seguirle y llenó el gran patio. Madero ascendió por la escalera del fondo, alfombrada de velludo carmesí en su honor. En lo alto de la misma lo esperaba el presidente interino, señor Francisco León de la Barra, de rigurosa etiqueta y con la banda tricolor cruzada bajo el elegantísimo chaleco, mostrando, sobre la finísima batista de su camisa, el águila de Anahuac con la serpiente en el pico. Aquellos dos hombres, tan distintos de carácter y aún de físico, que estaban destinados a chocar en el camino de la vida, pues representaban dos ideales antagónicos; que aún no se conocían y ya la Providencia los había ligado para que fueran protagonistas de un sangriento drama, se estrecharon las manos saludándose, con fingido afecto de la Barra, con franqueza y cordialidad Madero. Al encontrarse aquellas dos manos y al cruzarse aquellas dos miradas, ¿cómo no brotó un doble rayo y fulminó al uno y al otro, ya que ambos no cabían en el mismo escenario? La mirada con que de la Barra analizó a Madero a través de sus espejuelos de oro, debió de ser la que dirigió la histórica serpiente al águila que con su poderosa garra la extrajo del pantano... La de Madero fué de simple curiosidad y aún quizás de simpatía. Ambos pasaron al salón de Embajadores, y luego Madero se mostró al pueblo en el balcón central de Palacio. Una inmensa aclamación atronó los ámbitos de la plaza y subió hasta el héroe que, después de una campaña en que se pusieron a prueba sus energías de luchador, llegaba al zenit de su gloriosa carrera. Las campanas continuaban clamando en las altas torres, y la muchedumbre, arremolinada al pie del balcón, gritaba: «Ya que entró no salga de allí, señor!» incitándole de este modo a tomar en aquel instante mismo la presidencia. Esto hubiera sido muy sencillo, pues la República prácticamente estaba en manos de la Revolución. La capital hervía de revolucionarios y a pocas horas de distancia estaban Zapata, Asúnsolo y Figueroa con más de quince mil hombres. Madero pudo aquel día, por un supremo golpe de audacia, apoderarse de la Presidencia, mas no lo pensó siquiera, pues no quería, como César, cruzar el Rubicón con de las leyes, y tan sólo aspiraba, como Aristides, al título de «justo».

Madero se despidió de de la Barra y abandonó Palacio para dirigirse a su casa de la calle de Berlín. Enorme muchedumbre lo acompañó hasta allí, aclamándolo con delirio, y él se mostró dos o tres veces al pueblo desde aquella misma galería circundada de rosales que en más de una ocasión le había servido de tribuna en la campaña antirreeleccionista.

Fué éste uno de los rasgos de mayor desinterés y pureza de aquel insigne repúblico. No sabemos de caudillo revolucio

nario alguno que, al llegar a la meta de sus aspiraciones y poner el pie en la áurea cima del Poder, se haya retirado a su hogar, desdeñando la Dictadura que todo un pueblo le ofrendaba y contentándose sólo con el hermoso título de «Libertador». Ni Cincinnato ni Cimón fueron mejores que Madero, pues aquéllos no subieron tan alto como éste, que llegó a ser el árbitro de los destinos de un gran pueblo, y por ende, tampoco descendieron tanto para confundirse con sus conciudadanos. El mismo Washington, al triunfo de la revolución americana, asumió el Poder. Madero se retiró a su casa y sólo salió de ella solicitado nuevamente por el mismo pueblo.

Con esto quiso Madero dar un ejemplo de respeto a los principios democráticos por él mismo proclamados. El ciertamente no ambicionaba la presidencia (3); mas si en verdad la ambicionó, con mayor razón debemos admirar su conducta, pues quiso llegar al Poder por medio del sufragio y no por medio de la violencia revolucionaria, sentando así el precedente de la elección democrática en un país en que, hasta la fecha, no había habido un solo gobernante electo por el pueblo, sino mandarines abortados por los cuartelazos y los pronunciamientos.

Al presenciar la llegada de Madero a la plaza de la Constitución, a más de una persona le acometió súbita melancolía, y algo así como la hoja filosa de un presentimiento rasgó el velo del porvenir dejando ver, por breves instantes, un cuadro terrible... Aquel domingo de ramos anunciaba un viernes santo. Así Jesús entró en Jerusalem entre palmas y vitores y las doncellas deshojaban las rosas de Engadí al paso de su asno de paz y humildad, y así delante de él sonaban el cimbalo y el salterio. Las torres de la majestuosa catedral, cuyas campanas poblaban de rumores la vasta metrópoli y que ahora veían a Madero en la excelsitud del triunfo, debían verle, año y medio más tarde llegar al mismo sitio a caballo, seguido únicamente por unos pocos hombres del pueblo, con una bandera en la mano y en medio de un cuadro de sangre y de horror... Mas la visión horrible se desvaneció con sus vagos contornos de pesadilla, y sólo quedó en las almas la exultación del presente y en los ojos un resplandor de aurora.

(3) El 24 de mayo, como temiera yo que fracasaran las negociaciones de paz, Madero me aseguró que si renunciaban el general Díaz y Corral, el problema quedaría resuelto. «Y en caso de que renuncien, ¿quién subirá a la Presidencia? ¿De la Barra?—pregunté yo.—Sí—me contestó.—¿Y Ud?—Yo, respondió con aire pensativo—volveré a San Pedro de las Colonias.

Capítulo IX

El Interinato

El Presidente interino de México, don Francisco León de la Barra, nació en Querétaro en la época en que el emperador Maximiliano fué fusilado en el cerro de las Campanas. Su padre era originario de la República de Chile y vivió muchos años en la referida ciudad, siendo cabeza de una respetable familia.

De la Barra alcanzó el título de abogado y siguió la carrera diplomática al amparo del Ministro Mariscal. De peldaño en peldaño, ascendió hasta Secretario de Legación y Ministro residente, y en 1910, cuando D. Enrique Creel fué llamado al desempeño de la Secretaría de Relaciones Exteriores, De la Barra se hizo cargo de la Embajada en Washington. Afortunado y audaz, a la retirada de Creel logró obtener dicha Secretaría, la que en aquellos calamitosos tiempos era considerada como la antesala de la Presidencia de la República. Luego, jugando hábilmente a dos cartas, convenció al general Díaz de que debía separarse del Poder, e infundió confianza a Madero, de modo que con beneplácito de uno y otro se hizo cargo interinamente de la Presidencia.

Socialmente, de la Barra es un personaje encantador. Es difícil, si no imposible, encontrar un diplomático más distinguido, más fino, más sutil y más pérfido. Su espíritu venenoso y seductor parece una víbora enroscada en un ramillete de flores o aparentemente dormida entre los pliegues de un manto de armiño. Es suave como el terciopelo y ponzoñoso como un áspid. Su figura es delicada, e si femenina; el color de su cutis, sonrosado trando a bermejo; su cabello y su bigote, blancos, sus acciones finas, sus ojos pardos y sus manos y sus pies pequeños. Esclavo de la etiqueta y de la moda, cuida con esmero de su persona y es elegante y ceremonioso sin afectación. Nadie más correcto que él en un banquete o en una recepción diplomática; su traje es irreprochable, sus maneras distinguidísimas y su lengua.

je suave y acariciador como un arrullo de paloma y acerado y fino como una daga florentina. El señor de la Barra, perfumado, enguantado y acicalado como una dama; conservador en el fondo y liberal en la apariencia; ropublicano, porque es natural de una República, e imperialista, porque descende de una familia de reaccionarios; fino, sutil, engañoso y aristocrático, es el ideal de la degenerada sociedad para quien aún hoy día Maximiliano fué un mártir y Juárez un asesino. De la Barra es, en suma, el jesuita de elevada alcurnia cuyo perfil moral y cuya semblanza física delineó magistralmente Eugenio Sue en su padre d'Au-griny.

Contorme el convenio de Ciudad Juárez, Madero quedó encargado del licenciamiento de los soldados revolucionarios, y al efecto estableció su bufete en el número 99 del Paseo de la Reforma.

Madero lanzó una hermosa proclama dirigida a los ejércitos Libertador y Federal, a los propietarios, comerciantes e industriales y a los obreros y campesinos. Al primero le decía que, debido a su heroísmo, la nación había recobrado sus libertades y que la hora era llegada de trocar el rifle por los instrumentos del trabajo; al segundo, que no podía considerarse vencido, pues no contra él, sino contra la dictadura, el pueblo mexicano había luchado, y que como ejército nacional, no debía pertenecer a determinada facción política; a los hacendados, comerciantes e industriales, que no temieran nada, pues la propiedad sería respetada y únicamente se devolverían las tierras mal adquiridas y se castigaría con todo rigor el fraude y las negociaciones ilícitas; y al pueblo, que no esperara cambiar bruscamente de condición, pues esto era obra del mejoramiento individual y no de un simple decreto.

Madero licenció a la mayor parte de las fuerzas revolucionarias, conservando únicamente aquellas que debían formar los nuevos cuerpos de rurales de la federación. El licenciamiento se llevó a cabo con el mayor orden; cada revolucionario recibía una regular suma de dinero y entregaba el fusil y el parque, y en breve sólo quedaron por licencia las bandas zapatistas y las turbas armadas que merodeaban en los alrededores de Puebla.

Con el objeto de visitar las poblaciones del sur, Madero se dirigió a la Cuautla, cuartel general de los zapatistas. Durante el camino, recibió comisiones y escuchó con atención las quejas de los campesinos oprimidos por los propietarios. En una de las estaciones, lo aguardaba un grupo numeroso de hombres y mujeres que llevaban un cadáver al cementerio en un ataúd cubierto de coronas y lazos negros. Era el de Tepepa, uno de los bandidos fusilados por Ambrosio Figueroa. Al verle, la multitud

prorrumbió en sollozos y en un grito universal de: *Justicia, señor, justicia!* Madero se detuvo ante el cadáver, y con extraordinaria energía, exclamó, volviéndose al gentío: «Hombres como este deshonran las revoluciones. No es así, robando y cometiendo mil infamias, como se forman los verdaderos ciudadanos. Este no era un revolucionario, sino un bandido, e igual suerte correrán todos aquellos que imiten su conducta. El general Figueroa ha cumplido con su deber, y será inexorable con los que, en nombre de la libertad, cometan tan repugnantes crímenes.» La muchedumbre, convencida al parecer por las palabras del Apóstol, abandonó el cadáver, arrojó las coronas, y sólo unos cuatro individuos cargaron con el ataúd del terrible Tepepa y lo condujeron al cementerio.

En Cuautla, Madero no pudo menos de contemplar con tristeza las ruinas de la antes floreciente ciudad. Por doquiera se veían las huellas del incendio, de la dinamita y del saqueo, y en las casas de los infelices habitantes se notaba la zozobra que turbaría sus espíritus. Madero pronunció un discurso en la plaza, y declaró a aquella horda de caníbales, que nunca, jamás, podía autorizar semejantes crímenes, que deshonraban la nación.

Su regreso a México fué una nueva manifestación de cariño del pueblo, que lo acompañó hasta su casa, arrastrando materialmente su carruaje.

De la Barra parecía caminar de perfecto acuerdo con Madero. Los Gobernadores provisionales don Abraham González, don Venustiano Carranza, don Guadalupe González, don José María Pino Suárez y algunos otros, fueron confirmados en sus cargos popularmente. Orozco se quedó en Chihuahua como Jefe de las Armas, y se creó exclusivamente para él una zona rural; Ambrosio Figueroa, Gabriel Hernández y otros generales rebeldes, fueron nombrados Jefes de las Armas de las circunscripciones en que habían operado, y la menos indicación de Madero era atendida en el acto.

El Ministerio de la Gobernación habíase convertido en el cuartel general y *rendez vous* de los revolucionarios, y don Emilio Vázquez, con mal disimulada largueza, empleaba el dinero de la Nación en hacerse de amigos entre los jefes rebeldes, que, gracias a su esplendor, vivían en los mejores hoteles y gastaban sin tasa en todo género de francachelas.

En el norte, los magonistas habían logrado apoderarse de Mexicali; el señor de la Barra obtuvo de los Estados Unidos que permitieran el paso de tropas mexicanas por el territorio americano, y en breve los utópicos fundadores de la República socialista de la Baja California, fueron desalojados de la referida plaza

y huyeron, dejando en poder de las fuerzas del Gobierno los cadáveres de sus mismos jefes.

No tardaron en llegar noticias de Sinaloa, donde, ignorantes del armisticio pactado en Ciudad Juárez, las fuerzas revolucionarias, al mando de Juan Banderas, tomaron la plaza de Culiacán, después de varios días de sangrientos combates, y fusilaron luego al intrépido Coronel Morelos, crimen inútil que deshonró tan espléndida victoria.

El general Bernardo Reyes arribó a Veracruz. El militar tapatío, como se recordará, estaba en Europa disfrutando, en la apariencia, de una comisión del Gobierno; pero, en realidad, sufriendo un destierro injusto y bochornoso, que lo había colocado en una posición muy desairada a los ojos de sus mejores amigos. Con asombro se enteró de la revolución maderista, y con profundo dolor vió cómo otro adversario del general Díaz, más resuelto y afortunado que él, guiaba las masas populares a la victoria o a la muerte. En lo íntimo de su corazón consideró a Madero como el estafador de su gloria, que le usurpaba la popularidad, tremolando su mismo estandarte, y desde ese día le profesó un odio mortal, mezcla de aversión y de envidia.

Reyes se encontraba en Alemania cuando recibió el cablegrama apremiante del general Díaz que le ordenaba que regresara a hacerse cargo del Ministerio de la Guerra, e inmediatamente se puso en marcha, con la esperanza muy fundada de que, a su arribo a la capital, los partidos se unificarían, aclamándolo como pacificador y árbitro de la nación; mas, al llegar a la Habana, supo la toma de Ciudad Juárez, y optó por detenerse en Cuba y esperar el desarrollo de los acontecimientos. Entre tanto, envió un emisario a Madero, para preguntarle si le permitía regresar al país. El caudillo revolucionario le contestó con nobleza que, como mexicano, no necesitaba permiso para volver a su Patria, y que las puertas de ésta eran muy anchas para todos sus hijos.

Reyes, pues, llegó a la capital, y el elemento revolucionario, por instrucciones de Madero, lo agasajó, acompañándolo en triunfo hasta su casa. El mismo Madero lo recibió cordialmente, y le ofreció el Ministerio de la Guerra para el caso que su candidatura surgiera triunfante en las futuras elecciones, y Reyes aceptó. Así desapareció la única nubecilla que manchaba el purísimo cielo de México. (1)

(1) Evidentemente Madero concedía demasiada importancia al regreso de Reyes quien en aquel momento era un cadáver político, y dominado por un sentimiento retrospectivo aún lo miraba con cierta deferencia. Antes del combate de Ciudad Juárez, cuando supo el regreso de Reyes, reveló cierta inquietud y le dijo al autor de estas líneas: «La vuelta de Reyes puede hacernos mucho daño. —¿Por qué?— Porque aún goza de prestigio en el Ejército».



Era tal el prestigio de Madero, y tan grande su autoridad sobre los jefes revolucionarios, que el mismo feroz bandolero Zapata compareció en la capital a su llamado, para responder a las acusaciones que se le hacían por los frecuentes abusos de sus tropas.

Con el objeto de corresponder a una invitación que le habían hecho los elementos revolucionarios de Puebla, Madero se dirigió a la ciudad angelopolitana en compañía del doctor Vázquez Gómez.

Un desgraciado incidente deslució la fiesta y casi puso en peligro la vida de los ilustres huéspedes.

El brigadier Blanquet, jefe federal que había hecho la campaña en Matamoros Izúcar y sus alrededores, se encontraba de guarnición en Puebla. Las partidas revolucionarias, que operaban en torno de esta ciudad, al triunfo de la revolución solicitaron y obtuvieron la entrada en la misma, acampando en la plaza de toros, a poca distancia de los cuarteles federales. Casual o intencionalmente, la víspera de la llegada de Madero, se cruzaron varios tiros entre la guarnición y los rebeldes. Blanquet, furioso, ordenó el ataque, y la horda de genizaros se precipitó contra los desprevenidos revolucionarios, que hubieron de ceder el campo, dejando en la plaza de toros y en los contornos más de un centenar de cadáveres. Madero y Vázquez Gómez entraron a Puebla bajo arcos triunfales, y se les hizo un grandioso recibimiento; mas en toda la ciudad reinaba una profunda tristeza, y las rosas que se les ofrendaron estaban salpicadas de sangre. Madero visitó la casa de Serdán, y desde sus balcones saludó al pueblo; mas, a pesar de que se mostraba complacido por ser objeto de tantos agasajos, en su faz se notaba la impresión que le habían causado los sucesos de la víspera.

Aquella sangre vertida le causaba horror, pues venía a manchar su obra y a robustecer la tesis de que México aún no estaba apto para la democracia...

Madero siguió para Tehuacán, lugar célebre por sus aguas y por su clima, y el doctor Vázquez Gómez regresó a la capital.

Tehuacán fué para Madero lo que Capua para Aníbal. Durante su permanencia allí, el cientificismo y el reyismo cobraron fuerzas; el Presidente de la Barra se hizo de un círculo de admiradores que proponían nada menos que su continuidad en el mando; el licenciado Vázquez Gómez se rodeó de una camarilla de intrigantes que conspiraban para llevarlo al Poder; Zapata concluyó de adueñarse del estado de Morelos, y la República parecía bambolearse como un barco sin timón.

El clima y las aguas de aquel lugar salutar, le devol-

vieron su vigor físico al Caudillo; mas su prestigio desaparecía a medida que el de sus encubiertos adversarios aumentaba.

Un inesperado suceso vino a arrancarle de su inacción. Tanto el Presidente de la Barra como su Ministro Vázquez Gómez, trabajaban veladamente por sus candidaturas, y llegó un momento en que las dos ambiciones se comprendieron y chocaron. De la Barra, más astuto, puso en manos de Madero todos los hilos de la negra trama de Vázquez Gómez, y Madero, desde Tehuacán, convino en que el amigo infidente fuera separado del Gabinete. Hízolo así de la Barra; alborotáronse todos los fingidos «libertadores», para quienes la retirada de Vázquez Gómez representaba la pérdida de la diaria pitanza y de sus más caras ilusiones, y en tumulto se dirigieron a Chapultepec a increpar al jefe de la Nación; recibiólos éste y mañosamente les dió a entender que la orden de suspensión de don Emilio había emanado de Tehuacán, y hacia allá se precipitaron los flamantes oficiales, en compañía de varios miembros del Centro Antirreeleccionista. Madero los recibió, reflejándose en su rostro la violencia que se hacía a sí mismo para conservar la serenidad; se colocó en medio de ellos, y los escuchó de pie, sin ofrecerles asiento. Principió uno de los jefes del Centro Antirreeleccionista refiriéndose a la destitución de don Emilio y a las graves consecuencias que ello podría traer para el Partido revolucionario, y en cierto modo conminándolo para que interpusiera su poderosa influencia a fin de que el señor de la Barra llamara de nuevo al licenciado Vázquez a su Gabinete. Madero contestó con calma que él estaba en un todo de acuerdo con la separación de don Emilio, el cual con sus procederese se había hecho indigno de su confianza, y como uno de los jefes rebeldes allí presentes tratara de argüir alguna cosa y se expresara en términos descomedidos, el Caudillo con energía manifestó que no consentiría jamás imposiciones de militares; que la fuerza armada no debía mezclarse en política y que su sola presencia allí constituía una falta a las ordenanzas y un desacato a su jefe, y que, finalmente, bien claro había demostrado él en Ciudad Juárez, cuando la sublevación de Orozco y de Villa, que no estaba dispuesto a doblegarse ni ante la violencia.

Este discurso causó pésimo efecto entre los jefes vazquistas, que regresaron a México dispuestos a amotinarse contra el mismo Caudillo de la Revolución, mas al descender del tren, una escuadra de gendarmes se apoderó de ellos y los condujo a la cárcel de Belén para que respondieran de insultos proferidos contra el señor Presidente de la República.

El golpe fué rápido y artero, y en esta estocada maestra podía verse la mano de uno de los más hábiles políticos de la

escuela científica. Emilio Vázquez Gómez cayó, y los jefes del incipiente movimiento vazquizta fueron aprehendidos por orden, al parecer, de Madero; el prestigio de éste sufrió mucho y de la Barra logró llevar al Ministerio de la Gobernación al Gobernador del Distrito Federal, ingeniero Alberto García Granados, el mismo que había disuelto la huelga de los motoristas y conductores a *caballazos*, contra el parecer del señor Madero, que cesaba ese puesto para uno de sus más connotados partidarios.

La llegada de García Granados al Ministerio de la Gobernación fué fatal para la causa revolucionaria.

García Granados, personaje de cincuenta a cincuenta y cinco años de edad, pequeño de cuerpo y de alma, corto de inteligencia y largo de soberbia, tímido como una liebre y audaz como una pantera, entrecano, cargado de hombros, con unos ojillos de vívora movedizos y pérfidos, vestido con desaliño e inculto al par que pedante, adoptó el papel de defensor de la sociedad y se proclamó hombre de extraordinarias energías, algo así como el canciller de hierro del interinato.

Una de las primeras medidas que adoptó el nuevo Bismark fué la aprehensión de los militares vazquiztas; luego prohibió que anduvieran con traje de kaki y con armas los revolucionarios que aún populaban por la capital, con inmenso alborozo de la prensa científica; más tarde precipitó el conflicto con Zapata, declarando que el Gobierno no podía pactar con bandidos y que era sensible que el jefe de la Revolución estuviera en pláticas con el *Atila suriano*, y por último, externó privadamente la opinión, que en breve se hizo pública, de que la bala que matara a Madero salvaría a México.

Resuelto, pues, García Granados a proceder con toda energía contra Zapata, que se negaba a entregar las armas y a licenciar sus fuerzas, y de quien los hacendados de Morelos contaban incalificables abusos, robos, violaciones, sacrilegios, asesinatos, etc., aconsejó a de la Barra que enviara a ese Estado una división del Ejército al mando del general Victoriano Huerta, cuyo nombre principió a sonar por primera vez en la política mexicana.

El Congreso y el Senado, por su parte, comenzaron a reaccionar, y la causa maderista perdía visiblemente terreno en la opinión pública. Madero no era Presidente, y, por lo tanto, no podía llevar a cabo las anunciadas reformas ni satisfacer las exigencias de sus partidarios, que se veían postergados por el señor de la Barra; mas, como jefe de la Revolución triunfante, Madero llevaba sobre sí el peso enorme de las responsabilidades del momento histórico, situación anómala y peligrosa que, por un lado le restaba simpatías, y por otro, le concitaba enemigos.

Para colmo de dificultades, el general Reyes, que veía disminuir el prestigio del caudillo rebelde y disolverse el Ejército Libertador como nieve bajo rayos del sol, se resolvió de nuevo a lanzar su candidatura; mas como estaba ligado por un compromiso de honor al señor Madero, le pidió a éste que le devolviera su libertad de acción, a lo que el caudillo accedió, firmando ambos un convenio, mediante el cual se obligaban a disputarse el triunfo en los comicios conforme el sistema netamente democrático y a respetar el resultado de la elección, aunque les fuera adverso.

Habiendo, pues, Reyes recobrado su libertad de acción, principió a organizar su pequeño partido, al que bautizó con el pomposo nombre de *Republicano*, y fundó un periódico, *El Porvenir*, cuyo director fué Román Rodríguez Peña. En torno de su estandarte rojo se agruparon Espinosa de los Monteros, José Bonales Sandoval y algunos diputados al Congreso de la Unión; mas, a pesar de sus esfuerzos por hacer prosélitos, pronto se vió que el reyismo contaba con muy pocas simpatías entre el pueblo, que continuaba fanatizado por la figura prestigiosa del caudillo revolucionario.

El vazquismo, por su parte, no cesaba de agitarse, y al ver a su jefe rechazado por el Presidente de la Barra y por Madero, en el colmo del despecho aclamó como candidato a la presunta «víctima». Una comisión del Partido Liberal Puro le ofreció a don Emilio la candidatura, y aunque este Partido no existía más que de nombre, don Emilio aceptó, creyendo que todos los elementos revolucionarios secundarían su actitud.

En estas circunstancias, el Presidente interino de la Barra ordenó al general Huerta que avanzara sobre Cuautla, que era el cuartel general de los zapatistas.

Don Francisco I. Madero, al retirarse a Tehuacán, había delegado sus facultades en un comité, que vino a ser el núcleo del Partido Constitucional Progresista. Este Comité, en cuyo seno se encontraban las personalidades más conspicuas del maderismo, como Miguel Díaz Lombardo, José María Alegre, José Vasconcelos, Sánchez Azcona, Urueta y Gustavo Madero, al tener conocimiento de este hecho, se reunió en el domicilio del Partido, que estaba situado en la avenida Juárez, y acordó comunicar al jefe de la Revolución tan grave suceso.

Madero, inmediatamente, regresó a la capital y sin quitarse el vestido de viaje, se dirigió a Chapultepec a conferenciar con de la Barra. La conferencia fué breve. Madero le representó al Presidente interino la gravedad del paso que acababa de dar, y le arrancó la promesa de que Huerta no avanzaría sobre Cuautla, mientras tanto que él, personalmente, se ponía al habla con

Emiliano Zapata y obtenía el desarme de los rebeldes surianos. Acto seguido, y con la actividad que solía desplegar en los momentos de peligro, Madero se dirigió en poderoso automóvil con su hermano Raúl y otras personas de su confianza a Cuautla; llegó al cuartel general de Huerta, que estaba situado a poca distancia de Yauatepec, y conferenció con este jefe, quien había recibido ya por telégrafo la orden de no avanzar; atravesó las filas federales, y con bandera blanca penetró en el campo zapatista. Los rebeldes lo recibieron con aclamaciones de entusiasmo, creyendo que venía a ponerse a su frente; y él, desde Yauatepec, intentó ponerse al habla con Zapata por teléfono, mas le fué imposible entenderse con el feroz guerrillero, quien en el colmo del coraje, y creyendo a Madero cómplice sin duda o patrocinador de la conducta de de la Barra, colgó el receptor, lanzando una exclamación soez.

Nunca como entonces se reveló la sangre fría, el valor y la generosidad de aquel hombre extraordinario. Penetrado de su altísima misión, no vaciló un instante, y, desoyendo los ruegos de los que le aconsejaban que no fuera a Cuautla, pues allí su vida correría peligro en medio de aquellos bandidos exasperados por el avance de Huerta, hizo preparar el automóvil y se dirigió al encuentro de Zapata. Llegó a la ciudad en momentos de febril excitación. Todo el mundo estaba sobre las armas, y gritos de rabia estallaron a su paso. Con suma dificultad llegó hasta la plaza, en medio de la cual estaba el feroz Zapata con su hermano Eufemio y sus tenientes, y entre todos sobresalía por su elevada estatura y sus gestos imperiosos. Al ver a Madero, en su rostro se pintó la más punzante sorpresa, y cediendo a un movimiento involuntario, se llevó la mano a la orilla del gran sombrero galoneado de oro, y lo saludó con respeto.

Don Francisco y sus compañeros descendieron del automóvil, y era cosa digna de ver a aquel hombre pequeño de estatura, vestido de jaquet y sin una sola arma, como un ciudadano de los que diariamente transitan por la avenida de Pensylvania o por el Broadway, en medio de aquella taifa de facinerosos cuyas fisonomías de indígenas, repugnantes y brutales, se aproximaban más a las del troglodita que a las del hombre civilizado, vestidos con el traje típico del país, con sombreros de palma de alas gachas y carcomidas y sucios huaraches, y con saco y pantalones ceñidos, y los más con holgadas calzas de lienzo semejantes a calzoncillos, armados hasta los dientes con rifles, machetes, pistolas y escopetas y con el pecho cruzado por cananas repletas de tiros.

Era tal el ascendiente que tenía aún Madero sobre Zapata, que logró convencerlo de que debía desarmar y licenciar sus

hombres, con la única condición de que no se impondría un jefe federal al pueblo de Morelos. Después de una larga conferencia, los jefes zapatistas convinieron en tratar con el Gobierno sobre las siguientes bases:

1.^a—Será Gobernador del Estado el Coronel revolucionario ingeniero Eduardo Hay.

2.^a—Se nombrará Jefe de las Armas al coronel Raúl Madero, hermano del Jefe de la Revolución; y

3.^a—Las fuerzas federales se retirarán del Estado de Morelos.

Estas condiciones Madero se las comunicó por telégrafo al señor de la Barra, manifestándole, además, que Zapata le había prometido retirarse a la vida privada.

El señor de la Barra, sin aceptar las condiciones, envió pagadores con suficiente dinero a Cuautla, y principió el licenciamiento de las fuerzas zapatistas. Era de ver la repugnancia con que los campesinos de Morelos se desprendían de sus armas, a las que consideraban como instrumentos de su libertad y sin las cuales parecían que otra vez volverían a caer en las garras de los hacendados. Por cada rifle recibían cuarenta pesos, y diez o quince por una pistola, además de su soldada. Sin embargo, al transcurrir el primer día del licenciamiento, se observó que los zapatistas únicamente entregaban armas viejas e inservibles, pistolas sin gatillo, escopetas destrozadas, machetes completamente mellados y carcomidos por el orín, y navajas y cuchillos sin rango, reservándose los mausers arrebatados a los federales, los magníficos 30 x 30 y las carabinas nuevecitas.

Era evidente, pues, que aquellos hombres desconfiaban.

El segundo día no se obtuvo mayor cosa. Un montón de objetos inútiles y de hierros viejos, fué todo el producto del licenciamiento.

La desconfianza de los zapatistas se vió ese mismo día justificada. El señor de la Barra rechazó las proposiciones de los jefes surianos, declarando que el decoro del Gobierno le impedía pactar con rebeldes y bandidos. ¡Funesta teoría, hija de la seberbia, si no diabólica invención del cientificismo, que fué causa de infinitos males, que entonces se pudieron prevenir con un poco de templanza y benevolencia! Zapata ofrecía rendirse, e indudablemente lo hubiera hecho si la figura funesta de García Granados no se hubiera destacado sobre los terciopelos y damascos del palacio de Cobián y si el demonio de la ambición no hubiera soplado a los oídos del señor de la Barra, aconsejándole que ordenara a Huerta avanzar sobre V autepec...

¿Lo dispuso el destino o lo tramó el señor de la Barra? Sábelo Dios; mas es lo cierto que la ocasión no podía ser más favorable para el logro de los planes del cientificismo. Madero

se encontraba en Cuautla, solo, en medio de una horda de bandidos, a merced de Zapata; al avanzar Huerta, era posible que los zapatistas exasperados asesinaran al caudillo, y si esto no sucedía, indefectiblemente no escaparía con vida del combate que se librara entre federales y rebeldes.

El licenciamiento continuaba efectuándose con lentitud, cuando llegaron a Cuautla varios zapatistas con la terrible e inesperada noticia de que Huerta avanzaba sobre Yautepec.

La excitación fué enorme. Zapata, con los ojos fulgurantes y el fusil en la mano, iba de aquí para allá, profiriendo amenazas e impartiendo órdenes. Luego, se acordó de Madero y se dirigió a la plaza. Una inmensa muchedumbre se encontraba reunida allí, aullando de coraje. «¡Muera el chaparro!»—rugían diez mil hombres, y los ecos hacían retemblar los viejos muros agrietados de la antigua iglesia.—¡Muera el chaparro!

El «chaparro» era Madero, quien los había engañado con la farsa del licenciamiento, mientras el sanguinario Huerta avanzaba y los envolvía; mas el traidor estaba allí y no podía escaparles...

Entonces, como en Ciudad Juárez brilló el extraordinario valor de Madero, y cuando Zapata se presentó ante él increpándolo y gritos de muerte resonaban en la plaza, no se turbó un punto y conjuró el peligro, declarando que Huerta tenía orden de no avanzar y que él mismo iría a detenerlo.

Empero, las noticias que se recibían de Yautepec eran cada vez más graves; ya las avanzadas de uno y otro lado estaban en contacto y por momentos se esperaba el combate.

Madero se asomó al balcón de la Jefatura de Armas y fué aclamado por los zapatistas, que se dirigían al combate lanzando gritos de guerra y blandiendo sus rifles y machetes. Trató de comunicarse con de la Barra; pero las líneas telegráficas y telefónicas estaban ya interrumpidas, y entonces se dirigió en su automóvil al encuentro de Huerta. La Providencia aun no había apartado de él su mano protectora, y así llegó sin dificultad hasta las avanzadas federales.

En México la espectáculo era inmensa; a nadie se le ocultaba la gravedad de las cosas, y temíase por la vida del jefe de la Revolución. Al fin la ansiedad pública estalló en un grito unánime: *¡a Chapultepec!* Oleadas de gentes, que convergían en el paseo de la Reforma, se arremolinaron en torno del monumento a la Independencia, y allí Jesús Urueta con su frase incisiva y lapidaria y su gesto de semidiós griego, exclamó: «Mientras el señor de la Barra nos brinda toda clase de seguridades y nos anuncia que las fuerzas federales lo se han movido de los contornos de Yautepec, Huerta avanza, y avanza a sabiendas de

que en Cuautla esté Francisco I. Madero, el libertador del pueblo mexicano; y mientras nosotros deliberamos, la vida del Caudillo corre un peligro inminente, y Huerta avanza... avanza!...»

«¡A Chapultepec! ¡a Chapultepec!» gritó la muchedumbre electrizada, y miles de hombres se precipitaron hacia el castillo.

La guardia del mismo, por precaución, cerró la puerta de hierro impidiendo de esta manera el acceso por la rampa. La multitud, empero, sólo deseaba obtener del señor de la Barra la promesa de que Huerta no avanzaría más; y así se lo hizo saber al Primer Magistrado la comisión que subió a conferenciar con él. El pueblo, congregado al pie de la colina, esperaba con impaciencia el resultado de la entrevista. Al fin descendieron los delegados, y cuando anunciaron que el señor de la Barra había accedido a sus deseos, una aclamación inmensa, delirante, subió hasta el Mandatario, que desde lo alto del castillo saludó a la multitud, la cual se retiró del milenario bosque, creyendo ingenuamente que había salvado a su ídolo...

Madero, en tanto, comprendiendo que el choque era ya inevitable, y desconfiando del general Huerta, abrevió cuanto le fué posible su permanencia en el campo de los federales, y regresó a México con sus acompañantes.

Al llegar a la capital, el pueblo le hizo un recibimiento grandioso, considerándose feliz por haber recobrado a su Mesías.

Rumores que hábilmente hacían circular los científicos, acusaban al general Reyes de estar en connivencia con el jefe de las operaciones en Morelos, y no sabemos cómo, quizás por la infidencia de un empleado de telégrafo, llegó a manos de Madero un telegrama de Reyes a Huerta, en que el primero instaba al segundo a destruir el foco del zapatismo. Dueño de este telegrama, Madero motejó a Reyes y a Huerta de conspiradores y se agriaron los ánimos de los contendientes.

En esos días, Pascual Orozco anunció su visita a la capital, y aunque el pueblo deseaba tributarle un homenaje soberbio, el recibimiento que se le hizo fué glacial, a causa de que algunos políticos maderistas, con torpeza inconcebible, creyeron que, deprimiendo la figura del guerrillero del Norte, la de Madero resaltaría más, como si los laureles del uno afrentaran al otro, y así callaron la fecha de la llegada y sólo unos cuantos individuos se congregaron en la estación para darle la bienvenida. Sin embargo, pronto corrió por México la nueva de la llegada de Orozco, y el pueblo lo aclamó con entusiasmo, obligándolo a asomarse a los balcones de «Nueva Era». El guerrillero, emocionado, no acertaba a pronunciar ni una sílaba, y Urueta, después de gozarse en su confusión, dió en su nombre las gracias al pueblo: «El va-

liente general Orozco—dijo—que tan elocuente es en el campo de batalla, no posee el don de la oratoria, y me ruega que, en su nombre, os dé las gracias...»

Orozco permaneció pocos días en México, y se marchó indignado, declarando que la política era la ciencia del engaño y que él no sabía engañar. Verdad es que ya se principiaba a dudar de su lealtad y que aún estaba fresco el incidente de Ciudad Juárez. Por otra parte, se hizo público que el famoso guerrillero no había venido a la capital a recibir los homenajes del pueblo, sino a activar una reclamación que tenía pendiente contra el Tesoro por valor de cien mil pesos, suma en que él calculaba los perjuicios que la revolución le había ocasionado.

El licenciado Vázquez Gómez había roto completamente con don Francisco I. Madero, y se esperaba que, de un momento a otro, sobrevendría una crisis en el partido revolucionario por la intransigencia del doctor, quien a todo trance quería que su hermano volviera al Ministerio de la Gobernación y que Madero desconociera el Comité en que había delegado sus facultades, y se arrojara en brazos de los politiquillos del Centro Antirreeleccionista.

Era evidente que don Gustavo Madero trabajaba con ahinco en el seno del Comité para romper la fórmula Madero-Vázquez Gómez, y sustituirla con otra más de sus simpatías. Impulsaba a Gustavo en esta campaña la adversión con que miraba al doctor desde que éste se negó a suscribir el plan de San Luis y presentó mil reparos en Washington para aceptar la Agencia Confidencial. (2).

Súmese a estos antecedentes que el doctor era hermano de don Emilio, quien había roto formalmente con el Jefe de la Revolución, el cual, por otra parte, estaba ya disgustado con este último, porque, durante su permanencia en San Antonio y hallándose él, Madero, en el campo de operaciones, suplantó varias veces su firma al pie de manifiestos que ponían en ridículo al caudillo y a la causa, y se atrevió a enviar anónimos a diversos jefes rebeldes, y aun a la familia Madero, provocando escisiones entre la colonia revolucionaria de la capital texana.

(2) Para la Historia, ningún incidente, por baladí que parezca, carece de importancia, pues muchas veces de un suceso insignificante depende la suerte de una nación, y ya alguien ha observado que, si la nariz de Cleopatra hubiera sido un centímetro más corta o más larga, Antonio no hubiera perdido el imperio del mundo. La adversión que sentía Gustavo hacia el doctor Vázquez Gómez, se explicaba así: En la fecha en que Sánchez Azcona se defendía en los tribunales del juicio que por violación de la neutralidad le había entablado en Washington el entonces embajador de la Barra, el doctor Vázquez Gómez, que se encontraba en dicha ciudad por asuntos de su profesión, aunque vivía en el mismo hotel más de una vez le negó el saludo, por temor de parecer complicado en la revolución, y extremó su proceder hasta el punto de que un día rechazó un poco de ropa destinado a Sánchez Azcona, que se encontraba ausente, declarando que no conocía a ese individuo.

Madero, sin embargo, apreciaba y distinguía al doctor, y procuraba atraerle nuevamente a su confianza; mas el doctor, tomando estas demostraciones de afecto por señales de debilidad, rehuía hasta las oportunidades de conversar con el Caudillo, por lo cual éste se vió obligado a celebrar con él una entrevista de carácter oficial.

Era tal la ceguedad del doctor, y tal la miopía de su círculo, que uno y otro creían que, en caso de un rompimiento, casi todos los revolucionarios abrazarían la causa vazquizta, y sólo permanecerían al lado de Madero los miembros del Comité del Partido Constitucional.

La última entrevista de los dos célebres políticos se verificó en la casa de la calle de Berlín, donde Madero había fijado su residencia. El doctor compareció en la mañana, una hora antes de aquella en que regularmente concurría a su despacho en el Ministerio de Instrucción Pública. Madero lo recibió con el afecto de siempre, mostrando en su semblante el más vivo deseo de dar al olvido las pasadas diferencias. El doctor se manifestó frío y reservado.

La entrevista fué breve. El doctor se refirió a la hostilidad de que era objeto por parte de los miembros del Comité, y a la necesidad de que el Caudillo se acogiera de nuevo al Centro Antirreeleccionista, el cual representaba, según él, al partido revolucionario. Madero le habló de la obligación en que estaban ambos de unirse estrechamente ante la intentona de reacción reyista, de la imposibilidad de acogerse al Centro que lo había desconocido en los días amargos de la persecución; de su deseo vehemente de que no se quebrantara la fórmula Madero-Vázquez Gómez y de la necesidad apremiante de que él, el doctor, hiciera una declaración pública de que estaba de acuerdo con el Jefe de la Revolución.

La entrevista llegó al final sin que el empecinado doctor aceptara ninguna fórmula de arreglo que no estuviera basada en el reconocimiento del Centro Antirreeleccionista como cabeza del partido revolucionario.

Madero acompañó al doctor hasta el pórtico de su casa. Allí encontraron a los reporteros de la prensa, que ansiosamente esperaban el final de la entrevista que había de decidir de la suerte de México y del destino de aquellos dos hombres. El Caudillo, sonriente, les dijo: «Señores, puedan ustedes anunciar que entre el doctor y yo reina la mayor armonía. ¿No es así, doctor?» Vázquez Gómez se inclinó en lugar de responder, y dijo a su vez a los periodistas: «Aún no hemos llegado a un acuerdo definitivo».

La suerte estaba echada. Don Francisco Madero comprendió que, a la altura en que estaban las cosas, un advenimiento

era imposible, y resolvió referir al pueblo el problema planteado por las exigencias del doctor.

Presentóse, pues, ante el Comité del Partido Constitucional Progresista, y habló de esta manera: «Señores: hasta hoy me había opuesto tenazmente a que se verificara una nueva convención y se reconsiderara la fórmula Madero-Vázquez Gómez, no porque dejara de reconocer, como ya me lo habían advertido algunos de ustedes, que este procedimiento es más democrático, sino porque creía que la ruptura de esta fórmula sería perjudicial para los intereses de la Revolución; mas impedir esto es ya imposible; aún a última hora, al ver publicadas en la prensa las declaraciones del doctor, lo invité para que las rectificara, y se negó a hacerlo, manifestando que éste era el verdadero estado de las cosas. Por tanto, pueden, si gustan, continuar sus trabajos y convocar el Partido a una gran Convención, a la que podrán concurrir los mismos socios del Centro Antirreeleccionista, si les place. La Convención tendrá derecho a reconsiderar la fórmula y el programa, siempre que respete los principios porque fuimos a la lucha».

Un aplauso nutrido selló estas declaraciones, y se firmó la convocatoria a la gran Convención, que publicó el órgano oficial del maderismo, «Nueva Era».

En los bajos del N°... de la avenida Juárez, se abrió la oficina de inscripción de credenciales. Cada cien firmas o fracción de 50, daba derecho a un voto, y en pocos días se registraron cerca de mil credenciales.

La gran Convención se verificó en el Teatro Hidalgo, único en la capital que, por su amplitud, podía contener la enorme cantidad de delegados y el numeroso público que llenaba las galerías.

La apertura de la Convención fué imponente. El interior del teatro estaba adornado con banderas mexicanas y guirnaldas de flores. En el escenario se veía una gran mesa en torno de la cual, dando el frente al público, estaban sentados los miembros del Comité del Partido Constitucional Progresista. Ocupaban los palcos los delegados de los Partidos, y grandes letreros, dibujados en lienzos que cubrían todo el frente de dichos palcos, especificaban las diversas agrupaciones que tomaban parte en la Convención. Así, en un lado se leía: «Partido Democrático» y se veía a los señores Villarreal y Alatríste; en otro, «Club Aquiles Serdán», donde descollaba la simpática figura de Moya Zorrilla; y en dos o tres palcos del primer piso, se destacaba en letras rojas esta leyenda formidable: «Partido Liberal», y se percibía la silueta nerviosa del licenciado Soto y Gama.

Allí estaba lo más florido y granado del elemento revolucio-

nario; Luis Cabrera, Miguel Díaz Lombardo, Juan Sánchez Azcona, Jesús Urueta, Manuel María Alegre, el licenciado Menéndez, de Puebla, el corenel Villarreal, Antonio Díaz Soto y Gama, Gustavo Madero, Serapio Rendón, Enrique Bordes Mangel, Eduardo Hay, Federico González Garza, Aguirre Benavides, y otros muchos, estadistas, poetas, guerreros y filósofos que formaban la Girona y la Montaña de la Revolución.

Sentado en una butaca, cerca de Serapio Rendón, se advertía al futuro Judas del maderismo, Querido Moheno.

Presidía la directiva provisional el licenciado Díaz Lombardo, quien cedió el puesto a Juan Sánchez Azcona, cuando éste fué electo por unanimidad, como homenaje a su brillante campaña en «México Nuevo».

Tres días duró la discusión de las credenciales, labor ardua en que mostraron singular empeño los partidos, que comenzaban a delinearse en el seno de la Convención. Cada credencial era objeto de un detenido examen, y muchísimas fueron rechazadas por no reunir los requisitos previamente indicados en la convocatoria. (3).

Terminado este trabajo, el cuarto día se instaló solemnemente la Convención. Jesús Urueta pronunció un bellissimo discurso de bienvenida a los delegados, y principiaron las sesiones.

Antes de entrar en el espinosísimo terreno de la nominación de los candidatos para la Presidencia y Vicepresidencia de la República, la atención de la Asamblea se fijó exclusivamente en el Programa, el cual debía corresponder al inmenso anhelo de reformas que embargaba a la nación.

Se pronunciaron elocuentísimos discursos en apoyo de los principios revolucionarios; se trató del fraccionamiento de las grandes haciendas, del fomento de la pequeña agricultura, de la supresión de la Vicepresidencia, de la libertad de la prensa, del derecho de reunión, de la inviolabilidad de la vida humana y de las leyes de Reforma. Un aplauso delirante selló cada una de estas declaraciones, y cuando se anunció que se iba a tratar la cuestión presidencial, una aclamación unánime brotó de todos los pechos: «¡Madero! ¡Madero!» Durante cinco o diez minutos (¿quién es capaz de apreciar el tiempo en estos actos grandiosos?) una tempestad de aclamaciones y aplausos hizo retremblar las paredes del edificio. La onda principiaba en un extremo del teatro, recorría los paños y venía a reventar en el lunetario en un

(3). Era tal el rigor de la Convención que no se aceptaban designaciones telegráficas ni credenciales presentadas fuera de oportunidad. El licenciado Moya y Zorrilla recibió por telegrafo, la víspera de la apertura de la Convención, trescientos votos de Yucatán, y únicamente se le reconoció uno por deferencia a su persona.

Niágara de nutridas palmadas. «¡Madero! ¡Madero!». Todos los delegados estaban de pie, unos aplaudiendo y con sus bastones y con las mismas sillas golpeando el piso, que retumbaba como bajo el galope de un escuadrón de caballería, y otros agitando pañuelos y lanzando estentóreos vivas. Al fin cesó un poco el estruendo, y el Secretario consiguió hacerse oír: «Por unanimidad—dijo—se declara electo candidato a la Presidencia de la República por el Partido Constitucional Progresista, al ciudadano Francisco I. Madero».

Una nueva tempestad de aplausos, que duró varios minutos, saludó esta declaración.

Una comisión del seno de la Asamblea fué a ofrecerle al señor Madero la candidatura, y regresó una hora después, anunciando que el Caudillo aceptaba la postulación y el programa, y que se presentaría al día siguiente ante la Convención.

La presentación del Caudillo, fué realmente sublime. El teatro estaba enguirnaldado como el día de la apertura y un público más numeroso que hasta entonces atestaba las galerías.

Cuando la figura del Caudillo apareció en la entrada del lunetario, se sucedió una escena inolvidable. Un aplauso inmenso, ensordecedor, atronó el recinto y se prolongó por espacio de un cuarto de hora, y de millares de bocas brotó el grito de ¡viva Madero! Todo el mundo estaba en pie, y de palcos y galerías desprendíase una lluvia de flores que alfombraba el pasillo.

Madero vestía modestamente un traje de *jaquet* negro y llevaba en una mano el sombrero y en la otra un rollo de papeles. No era, no, el jefe que había triunfado en los campos de batalla y podía imponer su soberana voluntad a la nación, sino el ciudadano respetuoso que venía a recibir de manos de una Asamblea libérrima, que él mismo había convocado, una designación de que podía prescindir, pues le bastaba tender la mano para apoderarse de la Presidencia de la República, que ya realmente había ocupado en el corazón del pueblo. Era el apóstol sincero, el reformador convencido, que ponía en práctica sus teorías y que anhelaba dirigir a sus compatriotas por la senda de la más austera democracia.

Madero, saludando y sonriendo a la enorme concurrencia que lo aclamaba, cruzó el pasillo y subió al escenario.

Ni el coro grandioso de la presentación de Radamés en la ópera Aida, ni los magníficos concertantes de las Walkirias, los Nibelungos, el Tanhäuser y el Sigfrido, en los que Wagner se sobrepujó a sí mismo, ni todos los coros Clavé reunidos, que comprenden millares de voces de tonalidades diversas y causan efectos maravillosos, pueden dar una idea de la sublimidad de aquel momento histórico. El teatro se hundía a aplausos, los víc-

tores atronaban el recinto y todos los corazones vibraban bajo el huracán del entusiasmo, como añosos robles batidos por la borrasca.

Urueta pronunció el discurso de bienvenida, y nunca como entonces su verbo, en alas de la elocuencia, alcanzó cumbres más altas. Parecía que hablaba desde el pórtico augusto de la Historia, y que más que a un Caudillo, se dirigía a un apóstol y le daba la bienvenida a un inmortal. Aquel día, Urueta cimentó su fama de «monstruo de la elocuencia» y «Demóstenes americano», como le llamaban sus amigos, y demostró ser el primer orador, en una tierra donde la elocuencia parece ser un don que la naturaleza ha concedido a todos sus hijos.

Madero, aunque elocuente y verboso de suyo, ese día leyó un discurso que había cuidadosamente preparado, pues contenía declaraciones importantísimas y resumía su programa de Gobierno.

Terminado su discurso, Madero se retiró de la Convención, para que ésta pudiera deliberar con entera libertad, y se alejó en medio de una ovación delirante.

Reanudada la sesión, se pasó a discutir la candidatura vicepresidente,

Cuatro nombres prestigiados se disputaban este honor: Francisco Vázquez Gómez, Fernando Iglesias Calderón, José María Pino Juárez y Alfredo Robles Domínguez.

Estos nombres fueron pesados y aquilatados en sumo rigor, y aun diremos con acritud y aspereza, consumiéndose tres turnos en pro y tres en contra de cada uno de ellos.

La Asamblea se dividió en cuatro bandos, que se disputaban con singular tesón el honor de elegir caudidato. Los vazquiztas cubrieron el teatro de papeles y cartulinas, que representaban a los dos jefes antirreeleccionistas de la vieja fórmula en medio de un grupo de tiradores rebeldes, con esta inscripción: «La fórmula Madero-Vázquez Gómez es inquebrantable, porque fué consagrada en los campos de batalla»; los liberales hacían llover desde la galería miles de carteles con el retrato del señor Iglesias Calderón, y otro tanto hacían los pinistas y dominiguistas.

Desde un principio se observó que la victoria oscilaba entre Vázquez Gómez y Pino Suárez.

Campeón del primero era Luis Calvera, y del segundo Jesús Urueta. Lucha fué aquella del talento y de la astucia contra la elocuencia. El choque de los dos colcos, traía a la memoria la célebre contienda de Demóstenes y Esquines, conocida generalmente con el nombre de «discursos de la corona».

Cabrera infatigable, audaz y artificioso; Urueta grandilocuente, cáustico y persuasivo. El uno fastuoso, soberbio, arrollador; el otro sobrio, correcto y sagaz. Urueta parecía un león con la melena encrespada y los ojos fulgurantes. Cabrera una sierpe aterciopelada y ponzoñosa como la temida cobra-capella. Combate de la fuerza contra el ingenio, de la garra contra el colmillo. Urueta se movía de un lado al otro del escenario, paseándose como una fiera enjaulada, empinándose sobre los puntas de los pies con un gesto muy peculiar suyo, arrojando formidables apóstrofes como dardos inflamados y abrumando a sus insultadores con toda la majestad de su desdén. Cabrera visitaba los palcos, alentando a los vacilantes y conquistando adeptos, como un general que recorre la línea de batalla, y luego aparecía en el escenario para presentar nuevas pruebas abrumadoras contra el proceder del Comité. Una tempestad de protestas y aún de insultos, saludaba su presencia en la tribuna; él, frío calmoso e inmutable esperaba que pasara aquella tempestad y sonreía a los que lo increpaban. Luego, hablaba sosegadamente, sin dejar de sonreír, y su discurso era una nueva acusación y una prueba gravísima contra sus adversarios. Admiraba el aticismo y la grandilocuencia de Urueta, y sorprendía la flexibilidad, la energía y la sagacidad de Cabrera. El primero abrumó a Vázquez Gómez llamándolo irónicamente «el cerebro de la revolución»; el otro perdió para siempre a Pino Suárez, representándolo como impuesto por el Comité. Urueta era el vigoroso gladiador armado de espada y defendido por escudo; Cabrera el agilísimo reciario que con red y tridente acomete al enemigo. La victoria fué para el primero, porque así lo había dispuesto el destino, y detrás de él estaba el omnipotente Gustavo en cuya palabra y en cuyos gestos creían los convencionalistas ver el pensamiento y la voluntad del Jefe de la Revolución, (4) y a quien llamaban los vazquistas «Su Eminencia Gris»; pero el honor de la jornada se lo llevó indudablemente Luis Cabrera, quien con su lógica de acero, su admirable tesón y su sagacidad extraordinaria, tuvo en jaque durante varios días a los más ilustres campeones del pinismo.

Llegó, al fin, el momento de la votación, y se colocaron

(4) Que don Francisco Madero no tenía el menor empeño en que triunfara cualquiera de los postulados para candidatos vicepresidenciales y que la elección se llevó a cabo con la mayor pureza en el seno de la Asamblea, aparte naturalmente de las artimañas de que se valen siempre los partidos para prevalecer, prueba el hecho de que el día anterior a la elección de Pino Suárez, en mi presencia manifestó a varias personas que sondeaban sus deseos, que votasen por quien ellos quisieran, con entera libertad, pues él no tenía personalmente ningún candidato, y cuando nos quedamos solos, me dijo: «Estoy pensando en la conveniencia de la elección de de la Barra». Y me lo dijo sinceramente, con su corazón que no sabía mentir. Así, Madero no fué responsable de la elección de Pino y si la sostuvo luego, fué en virtud del mandamiento democrático de la Convención.

cuatro pizarras que ocupaban toda la amplitud del escenario; uno de los miembros de la mesa leía los nombres de los convencionales, y cuatro individuos, uno por cada bando, apuntaban los votos con rayas a la vista del público.

En la primera votación quedó eliminado el nombre de Robles Domínguez, que fué el que obtuvo menor número de votos; en la segunda fué eliminado el del señor Iglesias Calderón, y en la tercera triunfó definitivamente el licenciado Pino Suárez por 615 votos contra 600 del Dr. Vázquez Gómez.

Antes de que se verificara la tercera votación, los ánimos estaban tan caldeados que se temía un rompimiento en la Asamblea. En tales circunstancias, el presidente de la Convención, Sánchez Azcona, anunció una interpelación al señor Madero para que éste explicara el estado de sus relaciones con el Dr. Vázquez Gómez, pues, según él, no era sensato ni justo atar el Jefe de la Revolución a la política de un Vicepresidente adverso, que sólo aspiraría a derrocarlo (5). La Asamblea asintió y el señor Madero se presentó, encargándose de interpellarlo el licenciado Cabrera, quien lo hizo con suma discreción. El señor Madero explicó sus dificultades con el Dr. Vázquez Gómez; mas declaró que, a pesar de todo, creía que el doctor, caso de ser electo, sería un excelente colaborador de su gobierno; que él no lo rechazaba, y que cualquiera de los dos que la Convención designara merecería su aprobación.

Estaban ya tan excitados los bandos contendientes que, no bien terminó de hablar el señor Madero, estalló una verdadera tempestad de gritos: «¡Viva Vázquez Gómez!—¡Viva Pino Suárez!—¡Pino, no!—etc.

El señor Madero comprendió que la Asamblea estaba profundamente dividida, y con el objeto de unificar a los dos partidos antagónicos, reanudó su discurso y dijo: «Yo no tengo interés en que sea electo uno u otro; mas observo con pena que no se puede decir lo mismo de ustedes, pues extreman sus simpatías por tal o cual personalidad hasta el punto de olvidarse de la patria. Con el fin de remediar las presentes dificultades, les propongo que admita un tercer candidato, el cual será señalado por dos comisiones del seno de la Asamblea, una por cada bando, que ustedes nombrarán ahora mismo».

Estaba escrito que Madero no lograría hacer nunca la paz

(5) Razón sobrada tenía el señor Sánchez Azcona de pelear así, y el señor Madero estaba en su derecho al preocuparse por la elección vicepresidencial, pues si al pueblo le interesa la elección de un funcionario que puede llegar a regir sus destinos, al candidato de un partido le interesa también que esta elección recaiga en persona de sus simpatías y adepta a su política, pues el Vicepresidente es el Presidente nato del Senado y tiene una influencia muy grande en los negocios públicos.

en México, y es fuerza creer en la fatalidad, en ese ananke supremo al que están sujetos los dioses y los hombres. En otras circunstancias, hubiera bastado una palabra, un gesto de Madero, para que se hiciera lo que él quería. En aquellas circunstancias, los vazquistas, empecinados, rechazaron la proposición, mientras los pinistas asentían ansiosos de concordia, como si vislumbraran que el vencedor en aquella justa no debía nunca gozar de los esplendores del mando, sino ceñirse la corona de espinas y compartir la terrible suerte del señor Madero.

En vista de la negativa de los vazquistas, que a grandes gritos pedían que continuara la votación, el señor Madero se retiró, y la votación continuó con el resultado antedicho.

La derrota de Vázquez Gómez produjo tal impresión en sus partidarios, que se levantaron airados y abandonaron el recinto.

A nadie, sin embargo, debían culpar, sino a su propio Jefe, pues si él desde un principio hubiera aceptado la Convención, el triunfo hubiera sido suyo indefectiblemente; mas el doctor declaró que no se sometía al fallo de la Asamblea, y sólo a última hora autorizó a sus partidarios para que sostuvieran su candidatura. Así se restó muchos votos y perdió también influencia y prestigio. La camarilla que lo rodeaba, compuesta de políticos mediocres que no veían más allá de sus narices, fué, en el fondo, la culpable de este fracaso, pues ella inspiró los actos del doctor, y éste estaba tan ciego que sólo atendía a los consejos de gente ignara y apasionada como Fortino Serrano y otros «próceres» del Centro Antirreeleccionista.

Nueve días consecutivos duraron las sesiones de la gran Convención, la que se disolvió, no en medio del entusiasmo delirante de los primeros días, sino bajo el peso de lúgubres sentimientos.

El Partido Reyista y el Católico celebraron sus pequeñas convenciones, a imitación del Constitucional Progresista.

La Convención Reyista se verificó con asistencia de un centenar de delegados, y se disolvió sin discutir candidatos ni programa.

La Convención del Partido Católico revistió mayor importancia. Concurrieron a ella más de trescientos delegados, se adoptó un programa muy en pugna con los principios reaccionarios, y se proclamó la fórmula Madero-de la Barra.

Como algunos protestaran diciendo que Madero, lejos de ser católico, era un liberal rojo a quien las logias masónicas acababan de conferirle el grado 33, Tamariz y otros directores de la Convención declararon que la elección de Madero era inevitable, por ser el caudillo de la Revolución triunfante, y que convenía a los intereses del catolicismo adherirse a esta candi-

data, y trabajar particularmente porque saliera electo en segundo término un católico de convicciones y de abolengo como el señor de la Barra, actual Presidente interino, que por sus virtudes se había hecho acreedor al título de «Presidente Blanco».

Madero aceptó la postulación del Partido Católico; mas de la Barra, que había maquinado para quedarse en el mando y que en el fondo era el alma de dicho Partido, declaró, con asombroso disimulo, que no podía aceptar designaciones ni candidaturas de ningún género, porque, aunque la ley no lo prohibía, el espíritu de la pasada revolución condenaba el carácter híbrido de Presidente y Candidato.

El Dr. Vázquez Gómez declaró nuevamente que no reconocía a la Convención del Partido Constitucional Progresista el derecho de quebrantar la fórmula revolucionaria, y que se atenia al resultado de las elecciones.

En aquellos días se celebró la fiesta patria, y por primera vez, después de treinta y un años, una mano que no era la del general Díaz, tocó la histórica campana de Dolores.

A la ceremonia oficial en la rotonda de la Independencia, concurrieron el general Reyes y Madero, invitados por de la Barra.

Una curiosa fotografía, tomada en aquel lugar, representa a estos tres hombres, que debían ser los protagonistas de los sangrientos sucesos de febrero de 1913, rodeados de generales y coroneles empenachados y resplandecientes de oro; de la Barra, con la banda tricolor cruzada sobre el pecho, Reyes de gran uniforme, y Madero con traje de levita.

Al terminar el acto, los militares rodearon a Reyes y se escucharon algunos vivas. El numeroso pueblo que asistía a la ceremonia prorrumpió entonces en vítores a Madero, y acompañó al Caudillo hasta su casa, en tanto que los militares hacían otro tanto con Reyes.

Los campos estaban deslindados, y la lucha prometía ser muy reñida.

Reyes, mal aconsejado por sus ilusos amigos, resolvió hacer una manifestación aparatosa a través de las principales avenidas de la capital; y en efecto, el domingo siguiente, apareció el divisionario en un carruaje al frente de unos quinientos individuos que llevaban estandartes rojos y cartelones con leyendas alusivas.

De súbito, al llegar frente a la fotografía Daguerre, un numeroso grupo de hombres del pueblo, atacó a los manifestantes a pedradas y los disolvió, siendo impotente la policía para restablecer el orden. Varias piedras zumbaron por encima del General y de sus acompañantes; Rodolfo Reyes recibió varias contusiones y Bonales Sandoval, que galopaba al lado de su jefe, fué alcan-

zado por un guijarro. Los reyistas trataron de reorganizarse; pero los asaltantes los dispersaron de nuevo, arrancándoles de las manos los estandartes y los carteles, los que depositaron a los pies de Madero en su casa de la calle de Berlín, como un homenaje al idolo del pueblo.

Madero contempló con disgusto esos trofeos, y condenó la conducta de los asaltantes, no sin reconocer que el General Reyes, con su actitud, había provocado el conflicto.

Para juzgar este hecho, que tuvo consecuencias funestas en el porvenir, es necesario antes conocer su origen. ¿Fue un movimiento espontáneo de la plebe, o un ataque preparado y pagado por don Gustavo A. Madero, como entonces se dijo? Confesamos nuestra ignorancia al respecto; mas sí podemos asegurar que don Francisco I. Madero creyó siempre lo primero y jamás sospechó que su hermano pagara agentes para disolver las manifestaciones de los partidos contrarios.

Pocos días después, la prensa dió la noticia de la marcha precipitada de Reyes a la Habana y del Lic. Vázquez Gómez a San Antonio de Texas.

Esta marcha tenía todos los caracteres de una fuga y presagiaba nuevas contiendas fratricidas.

¿De quién, sin embargo, huían los dos sedicentes candidatos? Madero no era más que un simple ciudadano, y de la Barra regía los destinos de México. La fuga no era, en el fondo, más que un pretexto para disimular la derrota y justificar futuras rebeldías.

Madero, atendiendo el mandato de la Convención, se dirigió a Guadalajara y a otros lugares, con el fin de anunciar y sostener la nueva fórmula. En Jalisco encontró viva oposición, y aún hubo de contestar varias interpelaciones que se le hicieron desde el público en uno de los teatros. Luego, se dirigió a Yucatán, regresó a México acompañado de Pino Juárez, y empleó su talento y todo su prestigio en rodear de cierta auréola de popularidad la candidatura de éste.

Era Pino Juárez hombre de cuarenta años, de raras energías y de simpática presencia. Natural de Tabasco, pasó su juventud en Yucatán, y allí se graduó como bachiller en ciencias y letras y recibió el título de abogado. Poeta de alguna inspiración, escribió un tomo de poesías, que publicó en Mérida, y era ya conocido como político de talla y hombre de singular ingenio cuando el señor Madero arribó a Yucatán en su propaganda democrática. La palabra del Apóstol, vibrante y sincera, hirió en lo más vivo el corazón del escritor yucateco, que abrazó su causa, convirtiéndose en su brazo derecho en aquella península. Postulado candidato a la Gobernación de dicha entidad federativa, se vió en

la precisión de huir, y llegó a México para asistir a la Convención Antirreleccionista, que le cupo el honor de presidir, siendo postulado para candidato a la Vicepresidencia por dicho Partido; mas en aquella circunstancia obtuvo el triunfo el doctor Vázquez Gómez. Al estallar la revolución de noviembre, Pino se refugió en Nueva Orleans, y allí se preparaba para invadir, al frente de una expedición el Yucatán, cuando el señor Madero lo llamó para que tomara parte en las conferencias de paz de Ciudad Juárez.

No era, pues, Pino un desconocido, como pregonaban sus contrarios, cuando la Convención del Partido Constitucional Progresista lo eligió candidato a la Vicepresidencia en lugar del Dr. Francisco Vázquez Gómez.

Se aproximaba la fecha en que debían verificarse las elecciones; mas los reyistas, coaligados con los vazquiztas, se dirigieron al Congreso, alegando que el país no estaba del todo pacificado y que, por lo tanto, no podía manifestarse en los comicios la genuina voluntad de la Nación. La Cámara, integrada en su mayoría por elementos barristas, que veían en este incidente la manera de prolongar el interinato, acogió la dilatoria; y Madero entonces, que se encontraba en Yucatán, se vió obligado, con fecha 11 de setiembre, a recordarle al Congreso su carácter de Jefe de la Revolución y el compromiso mediante el cual el señor de la Barra se había hecho cargo del Poder, compromiso que el mismo Congreso había refrendado al convocar a elecciones para el plazo más breve.

El Congreso espurio temió las iras populares, y rechazó la petición de reyistas y vazquiztas.

En tanto, los católicos luchaban con ahinco por sacar adelante la candidatura vicepresidencial de de la Barra, quien desde las alturas doradas del Poder, continuaba rechazando su nominación con falsas protestas de buena fe que ya nadie creía.

Entre los barristas figuraban casi todos los *científicos*, conservadores, clericales y aristócratas de México, por lo que, a no dudarlo, el «El Presidente blanco» era para Pino Suárez un adversario más temible que el doctor Vázquez Gómez.

Con el objeto de alardear de su fuerza, el Partido Católico realizó una gran manifestación nocturna en la que tomaron parte más de quince mil personas con estandartes, broches, y aun signos y distintivos religiosos, como una imagen de la Virgen de Guadalupe, lo que constituía una flagrante violación de las leyes de Reforma.

La misma noche se efectuó una espontánea contra-manifesta-

ción pinista, y hubo algunos choques entre católicos y liberales (6).

El domingo siguiente se llevó a cabo una gran manifestación en homenaje a Pino Suárez, a quien los católicos habían hecho ya popular, y hubo nuevamente choques en la avenida de San Francisco y en la plaza de la Constitución, donde los exaltados barristas intentaron arrancar varios estandartes de manos de los liberales.

La lucha se presentaba muy reñida. Miles de carteles amanejian pegados en los muros de los edificios, y a los pocos minutos desaparecían bajo los de otro Partido, y así todo el día los fijadores de carteles no descansaban, y hubo pared que en el espacio de pocas horas aumentó varios centímetros de espesor.

Al fin se verificaron las elecciones en el mayor orden, y efectuado el cómputo de votos, se vió que el triunfo había correspondido a la fórmula Madero-Pino Suárez. El primero fué electo casi por unanimidad, y el segundo obtuvo doble número de votos que el señor de de la Barra y tres veces más que el doctor Vázquez Gómez.

Mas en tanto que el pueblo regocijado celebraba su victoria, séase por incuria del Presidente interino o por torpeza en las operaciones de los federales, Emiliano Zapata avanzaba sobre Cuernavaca, apoderábase de Tres Marias y sus hogueras de nuevo alumbraban con resplandores siniestros el Ajusco.

El Congreso, espantado, se reunió para deliberar, y a cada momento se temía—sin ningún fundamento,— que los zapatistas hicieran una irrupción en la capital.

En tales condiciones, se hizo cargo del mando el 6 de noviembre de 1911 el ilustre ciudadano Francisco I. Madero.

El último acuerdo que firmó de la Barra, y que refrendó acto continuo el Senado, fué nombrándose a sí mismo Ministro residente en Francia, y mientras Madero cruzaba la avenida de San Francisco bajo arcos triunfales y penetraba en Chapultepec con la banda tricolor sobre su noble pecho, banda tejida por los sacrificios de millares de héroes y bordada por las «hijas de la Revolución», de la Barra se despedía de sus inconsolables amigos en la estación del Ferrocarril Mexicano, y se alejaba de México, con su esposa, en un carro materialmente atestado de ramilletes de flores, dejando tras sí el incendio zapatista y la conflagración vazquizta, que su torpeza y su soberbia habían suscitado.

(6) El pueblo ese noche, para halagar a su ídolo, se dirigió a la calle de Berlín y allí un coplero ignorado improvisó estas letanías, que en breve se vulgarizaron:

<i>«Ora pro nobis!</i>	<i>En el Ipiranga,</i>	<i>Que se fué a la Habana.</i>	<i>Que es el candidato</i>
<i>El próximo lunes</i>	<i>A llorar contrito</i>	<i>¡Ora pro nobis!</i>	<i>De los liberales!</i>
<i>Se ca de la Barra</i>	<i>Sus culitas amargas</i>	<i>¡Muera de la Barra</i>	<i>Ora pro nobis!»</i>
<i>Como don Porfirio</i>	<i>Con su amigo Reyes</i>	<i>¡Viva Pino Suárez,</i>	<i>Etc., Etc.</i>

Capítulo X

Reyes, Vázquez Gómez y Zapata

Para los enamorados de la democracia, el día 5 de noviembre de 1911 revistió excepcional importancia.

Ese día, el comandante militar de la ciudad de México, de gran uniforme y seguido por un soberbio escuadrón de caballería, hizo las proclamaciones de ley en las plazas principales, proclamaciones que se anunciaban con agudos sonos de clarines y concluían con un largo redoble de tambores.

El militarismo rendía de este modo homenaje a la Ley, y el soldado se inclinaba ante el ciudadano.

Esta evolución admirable, principiada por Juárez, que promulgó las leyes de Reforma; por Lerdo, que sostuvo como dogma político la supremacía del poder civil, y por Iglesias, que dijo desde el más alto sitio de la República: «sobre la ley ninguno», colocaba a México en 1911 entre los Estados Unidos y Suiza, los dos pueblos más democráticos del mundo.

El México de Porfirio Díaz contábase entre las rancias autocracias del Viejo Continente.

El México de Madero podía compararse ahora, en materia de libertades, con los países más adelantados de la tierra.

Una oligarquía decrepita que rodaba a esa tosa inmensa que se llama la Historia, y una democracia joven y fuerte que se erguía coronada de laureles, he aquí lo que decían aquel agudo son de clarines y aquel largo redoble de tambores.

El 6 la ciudad amareció profusamente embanderada, y arcos de triunfo alegóricos se alzaban en la avenida de San Francisco.

En las tiendas del centro, derroche de banderas y retratos de Madero; en los arrabales, bullicio y alegría; en los palacios de los científicos, ventanas y balcones cerrados, mudez absoluta, ni un solo damasco, ni un solo gallardete...

Un doble cordón de tropa, vestida de gala, guardaba la Cámara de Diputados y las calles adyacentes.

Los cadetes de Chapultepec, altos y rubios como alemanes de pura sangre, cubrían la Avenida de San Francisco, distinguiéndose por su apostura y elegancia, y el sol brillaba con toda su fuerza sobre sus cascos prusianos, arrancando reflejos de oro y de plata a las águilas gloriosas.

Madero, en lujoso carruaje y vestido de levita, cruzó la aristocrática avenida y se dirigió a la Cámara entre las constantes aclamaciones de la muchedumbre.

A ambos lados del carruaje galopaban Pascual Orozco, que había venido de Chihuahua para asistir a la inauguración del nuevo Gobierno, y Ambrosio Figueroa, llamando sobre todo la atención este último, por ser lucidísimo jinete y vestir el rico y pintoresco traje de los charros mexicanos.

Orozco, impeturbable, cabalgaba rígido sobre su corcel, sin volver el rostro a los que lo aclamaban, ni saludar con una ligera inclinación de cabeza, ni sonreír un solo instante, conquistándose ese día el mote de «esfinge».

Madero rindió ante la Cámara el juramento de ley; mas alterando la fórmula reglamentaria, no lo hizo ante el Presidente de la misma, como si temiera contaminarse de ilegalidad por la elección fraudulenta de este funcionario, a quien en su fuero interno no le reconocía poder para officiar como sacerdote en esta función sacratísima de la Democracia, y volviéndose sencillamente al pueblo que llenaba las galerías, juró cumplir y hacer cumplir las leyes de la República.

En la Cámara permaneció pocos minutos, y ciñéndose la preciosa banda tricolor que le regalaron ese mismo día las «hijas de la Revolución», ocupó de nuevo el carruaje y se dirigió a Palacio entre la muchedumbre ebria de entusiasmo que, al verlo de nuevo en su seno, creyó haber reconquistado a su ídolo.

El Gabinete quedó reorganizado así:

<i>Relaciones Exteriores:</i>	Lic. Manuel Calero
<i>Gobernación:</i>	Don Abraham González
<i>Hacienda:</i>	Don Ernesto Madero
<i>Justicia:</i>	Lic. Rafael Hernández
<i>Fomento y Comunicaciones:</i>	Ing. Manuel Bonilla
<i>Instrucción Pública:</i>	Lic. Miguel Díaz Lombardo
<i>Guerra:</i>	Gral. José González Salas

Varias anomalías se notaban en este Gabinete, siendo las más graves, a los ojos de los revolucionarios, la presencia de Calero y la ausencia del Vicepresidente Pino Suárez.

Calero, diputado al Congreso porfiriano y miembro del

Partido Demócrata, a la disolución de éste aceptó una Subsecretaría en el Gabinete del general Díaz; luego, al triunfo de la Revolución, recobró su independencia, y como hábil volatinero, dió la voltereta a tiempo y se declaró maderista acérrimo.

Madero, que tenía aún que gobernar durante varios meses con las Cámaras porfiristas, escogió sin duda a Calero con el objeto de que sirviera de puente o lazo de unión entre el Ejecutivo y el Legislativo. La idea en el fondo era buena, y sobre todo, la imponían las circunstancias; mas desgraciadamente la elección fué desafortunada, pues Calero, como todos los elementos híbridos, no gozaba de simpatías ni entre los científicos ni entre los revolucionarios.

Pino Suárez no fué llamado a ocupar ninguna cartera, quizás porque Madero consideró conveniente acallar de este modo los injustos ataques que se le hacían a este funcionario a causa de su elección.

Se esperaban grandes reformas en el personal administrativo, y no las hubo. Calero no removió un solo empleado, de manera que los mismos diplomáticos y agentes consulares que sirvieron bajo el antiguo régimen, continuaron en sus puestos.

Otro tanto sucedió en los Ministerios de Hacienda, Justicia, Instrucción Pública y Guerra. Sólo en Gobernación y en Fomento se sintió la mano renovadora de la Revolución.

Los científicos continuaron influyendo en los destinos de la nación, manumitida sólo en la apariencia.

El desencanto de los revolucionarios fué inmenso, y la causa maderista perdió visiblemente terreno en la opinión pública.

El Partido Liberal, al frente del cual estaba el ilustre Iglesias Calderón, intentó imprimirle otro rumbo a las cosas, y elevó al Primer Magistrado un documento suscrito por sus principales Jefes, en el que indicaba, como una de las necesidades más imperiosas, la remoción de los empleados porfiristas. Madero contestó que no podía quitarle el pan ni arrojar a la miseria a cinco o seis mil familias de mexicanos, aunque dichos empleados en otra época hubieran servido al general Díaz.

La contestación era noble, pero impolítica; el porfirismo se encontró apoyado, y reaccionó con insolencia, y el Partido Liberal se distanció dignamente del Gobierno.

Era tan hidalgo Madero, que, a los tres días de haberse hecho cargo del Poder, cablegrafió a don Porfirio, diciéndole que no debía considerarse como desterrado; que las puertas de la Nación estaban abiertas de par en par para él y que, durante su permanencia en México, se le guardarían todas las consideraciones debidas a un ex-Presidente de la República. También

telegrafió a Reyes y a Vázquez Gómez, invitándoles a deponer su actitud hostil y a regresar a México, donde serian respetados como ciudadanos de un país libre.

Madero agotó todos los recursos imaginables para unificar la opinión pública y establecer sólidamente su gobierno; le ofreció a de la Barra y a Reyes sendos Ministerios, intentó varias veces reconciliarse con el irreductible doctor Vázquez Gómez, y aún le propuso que se quedara al frente de la Secretaría de Instrucción Pública, conferenció con Rodolfo Reyes, y le ofreció la Subsecretaría de Justicia, llevó a Calero al Ministerio de Relaciones Exteriores y a Jesús Flores Magón, hermano del revolucionario socialista promotor de los desórdenes de la Baja California, primero a una Subsecretaría y luego a un Ministerio.

Estos sacrificios que hacía Madero para conciliar las diversas corrientes de la opinión, eran vulgarmente considerados como hijos de su falta de energía y tacto político, y en vez de aplacar a sus enemigos, los alentaba para persistir en su antipatriótica actitud.

El interinato dejó dos negras herencias al nuevo Gobierno: el zapatismo y el vazquizmo, y como si estas dificultades fueran pocas, a los dos o tres días de haberse encargado Madero de la Presidencia, estallaron graves desórdenes en el Istmo de Tehuantepec.

La revuelta era de carácter local, y la encabezaba el Lic. José Gómez, llamado vulgarmente *Che* Gómez, contra el Gobernador de Oaxaca, Lic. Benito Juárez, hijo del Benemérito de las Américas.

Che Gómez era Jefe Político de Juchitán por elección popular. Benito Juárez, por intrigas que no escasean en torno de los gobernantes, le cobró adversión y lo destituyó, nombrando a uno de sus íntimos en su lugar.

Che Gómez era un hombre de cuarenta y cinco o cincuenta años de edad, de carácter violento y de corazón entero. Los indios de Juchitán lo idolatraban y en toda la región del Istmo tenía gran partido. Apenas se supo la resolución del Gobernador, los juchitecos se alzaron en armas y le pidieron a *Che* Gómez que los comandara. Púsose éste al frente del movimiento, y envió un memorial al Presidente Madero, acusando al Gobernador ante el Ejecutivo Federal.

Benito Juárez era tan testarudo, sino tan inteligente, como su ilustre padre. Durante toda la administración del general Díaz se mantuvo alejado de la política, y al triunfo de la causa revolucionaria, seducido por su gran nombre, se presentó como candidato a la Gobernación de Oaxaca, su Estado natal, y fué

electo por más de ciento cincuenta mil votos contra cinco mil que obtuvo escasamente el brigadier Félix Díaz, sobrino del ex-dictador.

Benito Juárez pidió auxilio a las fuerzas federales para aplastar la rebelión de *Che* Gómez, y Madero envió tropas a Juchitán; mas, guiado de su natural bondadoso, quiso intervenir para arreglar el conflicto. Juárez rechazó la intervención del Ejecutivo Federal con una energía que no había desplegado durante la larga dictadura de don Porfirio, y ordenó la captura y el pronto castigo del culpable. Madero intentó entonces, a lo menos, salvar a *Che* Gómez, y ordenó al Jefe de las fuerzas federales que no atacara al rebelde. Juárez envió un largo mensaje al Congreso, protestando de la conducta del Ejecutivo, y furioso, se dirigió a Tehuantepec al frente de las milicias del Estado, llegó a Juchitán en momentos en que *Che* Gómez se refugiaba en la ciudad provisto de un salvoconducto del Presidente Madero, y sin respetar la autoridad del Primer Magistrado, redujo a prisión al rebelde, y durante la noche lo hizo asesinar o consintió que lo asesinara un grupo de desalmados que forzó las puertas de la cárcel y arrebató el prisionero a sus custodios, arrastrándolo a las afueras de la población.

Así terminó la trágica aventura de *Che* Gómez. Madero personalmente no lo conocía, y, sin embargo, llevado de su gran corazón, trató de salvarlo.

Uno o dos meses más tarde, ingresaba en el Colegio Militar por recomendación de Madero, un joven, hijo de *Che* Gómez. El Presidente, no habiendo podido salvar al padre, se ocupaba de la educación del hijo, al que veía frecuentemente en el alcázar.

Respecto del zapatismo, se creía generalmente que, en llegando Madero al Poder, se acabaría esta funesta facción; y así hubiera sucedido en efecto, si la imprudencia del Jefe encargado de las operaciones en Morelos no hubiera hecho fracasar las negociaciones que se habían iniciado sobre muy buenas bases.

Zapata, no bien recibió a los comisionados del Presidente Madero, convocó a una Junta, que debía verificarse en Villa Ayala para discutir las antedichas bases. El día señalado, principiaron a afluir a Villa Ayala gruesas partidas rebeldes, y el mismo Zapata se presentó con su hermano Eugenio y su secretario Montaño. En tanto, las fuerzas rurales, en combinación con las federales, ejecutar a un movimiento envolvente, con el objeto de sorprender a los cabecillas surianos; mas Zapata no era hombre que se dejara coger fácilmente en un lazo, y huyó a tiempo, malográndose así las negociaciones comenzadas.

Zapata, convencido de el Presidente Madero había intentado

deshacerse de él mediante una grosera artimaña, no quiso ya oír proposiciones de paz y prosiguió la campaña con extraordinario vigor.

En tanto, una nube amenazadora se formaba en la frontera norte de la República.

El General Reyes, que se había refugiado en San Antonio Texas, lanzó una proclama, invitando al pueblo y al ejército a secundarlo.

Madero puso este hecho en conocimiento del Gobierno de Washington, para que guardara debidamente la neutralidad, y reconcentró en la frontera diez y seis mil hombres.

Reyes, despistando a los más finos sabuesos de la policía norteamericana abandonó San Antonio de noche en un poderoso automóvil, y, acompañado de cuatro amigos y de su asistente, se dirigió a la frontera, la que cruzó a principios de enero de 1912, internándose en el Estado de Nueva León, donde esperaba encontrar una entusiasta acogida.

La expedición quijotesca de Reyes resultó un completo fiasco. El espantoso nublado se deshizo en ridícula llovizna. Nadie respondió a su llamamiento, ni una sola guarnición se sublevó en su favor; el pueblo se encogió de hombros con soberano desdén, y mientras algunos timoratos se imaginaban al general Reyes en la serranía de Nuevo León a la cabeza de innumerables soldados, que brotaban de la tierra para acompañarle en su audaz aventura, el mal aconsejado divisionario, con dos o tres amigos y un guía, internábase en el desierto, perseguido de cerca por un escuadrón de caballería. Varios días vagó Reyes por el abrasado desierto, pasando mil privaciones, y cuando comprendió que era inevitable su captura, despidióse de sus compañeros, y se dirigió a pie, y completamente solo, a la vecina aldea de Linares, donde había un pequeño destacamento a las órdenes de un cabo de rurales.

Rodríguez, que así se apellidaba este cabo, dormía ya en la pequeña barraca que servía de cuartel, y su sueño debía de ser intranquilo y poblado de espantosas visiones, pues se despertaba con frecuencia y un sudor frío le bañaba las sienes. No era para menos. Según un telegrama que había recibido esa misma tarde, el general Reyes andaba a la cabeza de unos cuantos centenares de hombres por aquellos contornos. Rodríguez no conocía a Reyes; mas había oído hablar de él con frecuencia en la época en que el divisionario había gobernado con mano de hierro a Nuevo León. El humilde cabo se representaba a Reyes con su traje de gala, en lomos de un arrogante corcel y seguido por cien generales y coroneles con sus pechos cubiertos de condecoraciones y los vistosos plumeros flotando sobre los

vericú de oro y grana, y aunque el buen cabo era un maderista acérrimo, temblaba de pavor a la sola idea de que Reyes se presentara en Linares. Razón tenía, pues de dormir con sueño tan intranquilo.

De pronto, llamaron a su puerta; se incorporó, y preguntó qué pasaba.

—Señor,—le contestó uno de sus soldados—hay aquí un hombre que dice que es el general Reyes y desea hablar con usted.

¡El general Reyes! El corazón le dió un vuelco, saltó del camastro, y se vistió a toda prisa. Abrió la puerta y con los ojos buscó al jinete, al corcel y a la comitiva, y no vió más que un anciano pequeño, de lengua barba plateada, flaco y transido de frío, con la cabeza cubierta con un sombrero de palma y el traje y las botas desgarradas y chorreantes de lodo.

Esto era todo lo que restaba de aquel personaje un día omnipotente, a quien millares de hombres habían obedecido y que había osado atar a la áurea empuñadura de su espada, como guantes de gala, las esperanzas y los anhelos de la nación mexicana.

Shakespeare ni Hugo pudieron haber inventado nada más trágico ni más cómico a la vez. Lear, delirando en una cueva; Belisario, ciego, pidiendo limosna en los mismos sitios testigos de su gloria; Enrique IV de Alemania, arrodillado entre la nieve a las puertas del Castillo de Canossa, no descendieron tanto como Reyes, porque aún en la caída y en la ignominia conservaron cierta trágica grandeza.

Mírense en este espejo los poderosos de la tierra, y al recordar al fugitivo de Linares, recuerden también a aquel César llamado Carlos V en cuyos dominios no se ponía el sol y que se vió obligado a huir a media noche en una litera por los desfiladeros de Inspruck iluminados por el fulgor de los relámpagos y por las antorchas de sus pajes....

Rodríguez no acababa de dar crédito a sus ojos. No; soñaba; aquel hombre no podía ser Reyes....Se frotó los párpados, volvió a mirar, y tuvo que convencerse de la realidad. Entonces sintió una inmensa lástima. Aquel anciano aterido de frío, estaba bajo el peso del destino, como los personajes de la tragedia antigua, y era sagrado.

—Vengo a rendir,—murmuró Reyes con voz humilde—y luego dijo:—No he comido en todo el día; dadme con qué satisfacer mi hambre, y haced luego de mi lo que queráis.

Su voz era suplicante, trémula.

Rodríguez hizo preparar una cena, y Reyes comió con

hambre devoradora. El cabo, compadecido, le ofreció un traje de burda tela, para que se quitara las enlodadas ropas, y luego le brindó su propio camastro para dormir.

Reyes, ya más sereno, se mudó de traje, se aseó un poco, y cayó rendido en el duro lecho del cabo.

Era tal su cansancio que, a pesar de la pena inmensa que debía embargarle y de la incertidumbre de su porvenir, se quedó en breve profundamente dormido.

Rodríguez comunicó en el acto a Monterrey la estupenda noticia, y el general Treviño, jefe de la zona, la puso en conocimiento del Primer Magistrado, quien ordenó que el prisionero fuera conducido a México con todas las consideraciones debidas a su rango y a su desgracia.

Reyes llegó a Monterrey, asiento un día de su gobierno, y fué trasladado inmediatamente a México en carro especial e internado en la prisión militar de Santiago Tlatelolco, en donde encontró toda la comodidad compatible con su condición de prisionero. El alcaide de la fortaleza tenía orden de tratarlo con humanidad y cortesía.

El fracaso de Reyes pareció demostrar la solidez del gobierno de Madero, quien volvió a ser tan popular como en otra época, y el ejército mereció por su lealtad el dictado de «columna de la Paz y sostén de las instituciones».

Mas, desgraciadamente, no bien se cerraron las pesadas puertas de Santiago detrás del general Reyes, estalló la revuelta vazquizta, más temible porque contaba con los elementos que don Emilio se había procurado durante su permanencia en el Ministerio de Gobernación.

En pocos días desertaron mas de cinco mil hombres de las fuerzas ex-revolucionarias, matando a sus oficiales y llevándose sus armas.

A principios de febrero, los cabecillas vazquiztas Salazar y Campa se apoderaron de Las Palomas, pequeña población situada en la línea fronteriza, a pocas millas de Ciudad Juárez. Antonio Rojas y el ex-secretario del Gobierno de Chihuahua se alzaron también al grito de «¡Tierra y Ley!», y toda la región de la Laguna secundó el movimiento.

Madero procedió con energía a debelar la insurrección, y logró dominarla en el centro y en el sur de la República, y la hubiera ahogado también en el norte si Pascual Orozco no hubiera contemplado con culpable indiferencia el desarrollo de los acontecimientos.

La conducta equívoca de Orozco daba lugar a los más variados comentarios cuando el 28 de febrero llegó la abrumadora noticia de que Salazar y Campa se acababan de apoderar

de Ciudad Juárez, habiéndose entregado la pequeña guarnición orozquista sin resistencia. Una semana antes de este suceso, había ocurrido una sublevación en dicha ciudad, a consecuencia, según se dijo entonces, de la embriaguez de algunos soldados, y Orozco apaciguó el tumulto, llevándose consigo a los revoltosos, que sumaban más de trescientos.

Mas el velo acababa de descorrerse, y ya no cupo la menor duda de que Orozco había debilitado dicha guarnición para que los vazquistas se apoderaran fácilmente de la ciudad fronteriza.

La región de Laguna, en tanto, era teatro de vandálicas escenas.

Después de los sangrientos sucesos de noviembre de 1910 y de mayo de 1911, la comarca había recobrado su aspecto habitual. De nuevo el viento mecía los nevados copos del algodón, que constituye la principal riqueza de esa privilegiada zona, y el sol doraba las mieses y hacía bullir el néctar delicioso en las entrañas de las uvas; los lagares estaban llenos, y a las orillas del poético Nazas se escuchaba el zumbido de las fábricas convertidas en colmenas humanas y las chimeneas se erguían como columnas del templo del progreso, sustentando al parecer la bóveda del cielo. Torreón, la *perla de la Laguna*, era el centro de esta actividad enorme. Desde hacía algunos años, esta ciudad se desarrollaba de manera extraordinaria, como un corazón pléórico de vida. Centro ferrocarrilero y minero de primer orden, estaba enlazada con México y El Paso Texas por el Ferrocarril Central, y con Durango, Manclova, Monterrey e Eagle Pass por el Internacional Mexicano, absorbiendo la riqueza de toda la Laguna y de Durango, Chihuahua y Zacatecas; miles de obreros trabajaban en sus fábricas, abríanse nuevos bancos, formábanse poderosas empresas, turistas y hombres de negocios de todas partes del mundo la visitaban, y la industria y el comercio florecían bajo el áureo cetro de la paz. En torno de Torreón, como perlas alrededor de un brillante, descollaban Lerdo, Gómez Palacio y Matamoros, laboriosas ciudades que distan unos cuantos kilómetros unas de otras y están unidas por paralelas de acero, y más allá ostentábanse, orgullosas de su señorío, San Pedro, residencia un día de Madero, Viesca, a orillas del hermoso lago del mismo nombre, Parras, centro de la industria vinícola, Nazas, en las riberas del río que baña a El Oro e Indé y alimenta con sus aguas a la gran Laguna, Cuencamé, San Juan de Guadalupe, Mapimi y otras poblaciones cuya riqueza aflúa a la privilegiada reina de la comarca en raudales de metal inagotables.

Los chusmas vazquistas atacaron estas ciudades con furor; mas no pudieron tomarlas o causa de la enérgica resistencia de los vecinos. En San Pedro, las fuerzas maderistas se replegaron

al centro de la población y los rebeldes, engañados por esta maniobra, avanzaron por las calles en oleadas. De imprevisto, estalló el fuego de fusil por todas partes, varias ametralladoras hicieron oír su espantosa melodía, y las columnas de asaltantes cayeron segadas como mieses en estío.

Rechazados de la Laguna, los vazquistas se retiraron al norte, bajo el mando del cabecilla José de Jesús Campos (*Cheché*), joven y rico hacendado de la región, que comandaba los chusmas rebeldes, movido únicamente por su carácter turbulento y aventurero, y por un ex-auriga de Torreón, Benjamín Argumedo, hombre valeroso y astuto, cuya audacia corría parejas con su falta de ilustración.

Si la situación era grave en el norte, en el sur no lo era menos. Zapata, en un supremo esfuerzo para apoderarse de Cuernavaca, se posesionó de la estación de Tres Marías, cortando de este modo la comunicación ferroviaria entre México y aquella población.

Madero envió una gruesa columna a batir a los zapatistas, y después de terribles combates, dicha columna logró romper el anillo de hierro que se iba estrechando más y más en torno de Cuernavaca.

Roto el cerco, el ejército zapatista se fraccionó en pequeñas partidas y continuó haciendo la guerra de guerrillas.

Centenares de cadáveres de zapatistas y federales yacían en el campo en macabro hacinamiento, y los zopilotes volaban alrededor de ellos, lanzando siniestros graznidos y disponiéndose al repugnante festín. El jefe federal ordenó quemar los cadáveres, y en breve, espesas columnas de humo que el viento arremolinaba, indicaron el lugar del último combate.

La victoria de Tres Marías logró alejar, pero no desvanecer el peligro de una irrupción de zapatistas en el Distrito Federal.

El carácter de la guerra en Morelos era muy distinto de la del Norte, donde los rebeldes tendían a formar grandes ejércitos y a regularizar la lucha. En Morelos, debido quizás a lo accidentado del terreno, los rebeldes constituían pequeñas partidas al mando de feroces cabecillas, como el tuerto Morales, Genovevó de la O. y Felipe Neri.

El zapatismo era, más que un problema político o social, un conflicto agrario. Por eso los campesinos idolatraban a Zapata, quien les había prometido repartir entre ellos las grandes haciendas. Zapata, era algo más que una bandera: era un símbolo, y el zapatismo se propagaba de tal modo, que podía decirse

que todos los habitantes de Morelos, de Puebla y de Guerrero con excepción de las autoridades y de los hacendados, eran zapatistas.

Emiliano Zapata, que en un tiempo había sido «encomendero» en Cuernavaca, contaba a la sazón cuarenta o cuarenta y dos años, y era un hombre alto, blanco, de buena presencia y de una energía poco común. Suplía su ignorancia y su rudeza con su natural perspicacia, y tenía a su lado como consejero, a un tal Montañío, que había sido maestro de escuela en Cuernavaca.

Zapata proclamó el principio de Proudhón de que la propiedad es un robo, y dedicóse a devolver a los pueblos sus ejidos y a fraccionar las grandes haciendas.

Los zapatistas entraban a saco en las poblaciones, fusilaban a las autoridades y apoderábanse de las mujeres. En las haciendas cometían mil atrocidades y ahorcaban a los administradores.

La guerra así adquiría un aspecto brutal y primitivo.

México se llenó de refugiados, que clamaban justicia y venganza. Se contaban horrores del tuerto Morales y de Genovevo de la O., y se decía *sotto voce* que al Gobierno le convenía ese estado de cosas para mantener a la sociedad mexicana amedrentada.

Hubo quien se atrevió a sospechar que Madero fomentaba secretamente la rebelión de Morelos, y que profesaba a Zapata un cariño entrañable.

Ciertamente, era difícil explicarse cómo no les faltaba el parque a los surianos que, encerrados en el centro de la República, no tenían dónde proveerse de proyectiles, y sin embargo, cada vez que se libraba un combate, encontrábanse las cananas de los muertos y de los prisioneros rebeldes repletas de tiros. El Gobierno acusaba a los científicos y éstos al Gobierno; mas pronto se aclaró el misterio, y se supo que los agentes zapatistas compraban el parque a los mismos federales, y el Jefe de la Zona recibió orden de acabar con este comercio infame.

Zapata reunió a los principales cabecillas en Villa Ayala, y proclamó el Plan del mismo nombre, según el cual se desconocía la autoridad de Francisco I. Madero; se declaraban todas las tierras propiedad del Estado y se procedía a su fraccionamiento, y se aseguraba que, al triunfo de la Revolución, se verificarían nuevas elecciones, encargándose provisionalmente del Poder Ejecutivo un caudillo electo por una asamblea de jefes.

Para combatir a Zapata, se ofrecieron voluntariamente los comandantes de rurales Cosío Robelo y Zambrano, gallardos